

VIAJES PROHIBIDOS

LOUIS G. MILK

Viajes prohibidos

Louis G. Milk

Espacio el Mundo Futuro/025

CAPÍTULO PRIMERO

“Del V.I.P.

A los agentes de precaución Smith y Jones.

Orden a cumplimentar sin demora alguna:

Nuestro Primer Visitante del Pasado se encuentra en camino. Dispónganse a recibirlo y tráiganlo inmediatamente ante Nuestra V.I.P.

Firmado: HALDER, Presidente.”

* * *

El hombre parpadeó deslumbrado. Después de la esfera gris en que se había visto envuelto, él verde esmeralda de los campos era un regalo y un descanso para la vista. Aspiró con delicia el perfume de la primaveral brisa, estirando luego los brazos, en incorrecto gesto de desperezo.

—¡Qué vida tan estupenda me voy a llevar aquí! —dijo, y luego

contempló con cierto interés la enorme ciudad que se veía allá a lo lejos, a unos diez kilómetros de distancia. Una ciudad absolutamente desconocida para él, de rarísimas formas, resplandecientes edificios, algunos de los cuales parecían flotar suspendidos en el aire, ciudad enorme, gigantesca, ocupando una enorme extensión de terreno, en nada parecida a las que él conocía, pero de repente frunció el ceño, al mismo tiempo que su mano se introducía en el bolsillo interior de su americana, en un gesto instintivo de defensa.

Un aparato, flotando suavemente, aumentando de tamaño a medida que la distancia disminuía, se le aproximaba rápidamente. Un aparato parecido a un enorme ovoide, absolutamente transparente y en cuyo interior, según pudo apreciar cuando lo tuvo suficientemente cerca, viajaban dos hombres que se apearon ágilmente merced a un trozo de pared que giró alrededor unas apenas perceptibles charnelas.

Los tres hombres se miraron durante unos instantes con evidente curiosidad. El recién llegado admiró las cortas túnicas de los habitantes de aquel país, que dejaban las piernas al descubierto, de vivos colores que, no obstante, no dañaban las retinas. Uno la llevaba roja y otro verde, y el primero dijo:

—Me llamo Smith y mi compañero Jones. Agentes de Precaución. Tenga la bondad .de seguirnos, señor Malone.

—¿Agentes de Precaución? ¿Qué diablos es eso? ¿Y por qué he de seguirles?

—Lo ha ordenado Nuestro Más Alto Personaje, que es quien gobierna ahora el mundo.

Malone miró de soslayo a sus dos interlocutores. Luego comparó las ropas de aquéllos con las suyas propias y se dijo que, a pesar de haberle costado su traje cerca de mil dólares, la lana con que estaba fabricado era una porquería comparada con el tejido de las túnicas, suave, flexible, brillante y que debía ser fresco en el buen tiempo y cálido en el invierno.

—¿Qué es lo que quieren de mi?

—Lo siento — terció Jones—. Es algo a lo que no podemos contestar, por la sencilla razón de que lo ignoramos.

—¿Y si me resistiera a ello?

—No se lo aconsejo. No ganaría nada.

—¿Conque nada, eh? ¿Y qué les parece esto? —sacó de la funda axilar una pistola de descomunal cañón, que dirigió hacia los Agentes de Precaución.

—Tenía ganas de ver un arma como la que usted lleva, señor Malone. Solamente la conozco por grabados y descripciones de los libros de Historia. Muy interesante, ¿verdad, Smith?

—Ciertamente —asintió éste con cortesía —. ¿Quiere entregarnos la pistola, por favor, señor Malone? —y alargó la mano, pero una sonrisa despreciativa curvó los labios del aludido.

—Escuchen, señores agentes de lo que sean —dijo—. No hay quien gane a Budd Malone a listo. Si piensan que les voy a entregar la pistola así como así, es que son tontos. No me niego a acompañarles, pero no crean que me voy a quedar sin la dentadura para luego no poder morder. ¡Vamos!

—Lo siento —dijo Smith—. Tendremos que recurrir a otros medios para convencerle —y agitó la mano.

Ante el infinito asombro de Malone, el arma le voló de entre los dedos. Suspendida por unos hilos invisibles, movida por una fuerza para él incomprensible, la pistola se alejó hasta que, cuando estuvo a una distancia prudencial, los cartuchos que llevaba se inflamaron, estallando en ruidosa traca, cuyo estrépito duró unos segundos, tras de lo cual, los restos deformes del arma cayeron al herboso suelo.

Malone abrió mucho los ojos, como si no creyera lo que había visto, pero luego su rostro volvió a endurecerse.

—Me habéis dejado sin “dentadura”. Pero todavía tengo un par de puños capaces de haceros entrar en razón.

Se arrojó sobre los Agentes de Precaución. Mas, antes de que tuviera tiempo siquiera de tocarlos, sus ojos se cerraron y cayó al suelo pesadamente, respirando acompasadamente.

—¡Ayúdame, Smith!

Le tomaron entre los dos y le introdujeron en el aparato, dejándole tumbado sobre el flexible plástico situado detrás de los dos cómodos asientos. Luego, el aparato volador arrancó en dirección a la ciudad, a la que llegó en escasos minutos.

Smith y Jones no necesitaron desembarcar del ovoide para ser

llevados a la Persona que les había confiado la misión. Atravesaron salas y más salas de la enorme residencia, resplandecientes sus paredes blancas de “plastimármol”, seguidos por la discreta curiosidad de quienes contemplaban su paso, hasta que llegaron a una enorme puerta dorada, semicircular, ante la que se hallaban dos hombres de guardia, idénticamente vestidos, pero sin ningún arma visible.

Smith hizo un gesto con la mano y aguardó. Treinta segundos después, ambos batientes giraban silenciosamente y, por primera vez en su vida, los dos Agentes de Precaución penetraron en el despacho de la V.I.P. del planeta.

En realidad no era propiamente un despacho, sino una gran estancia, también del mismo material, semicircular en el extremo opuesto a la puerta. Había unos cuantos asientos adosados a las paredes, algunos de ellos prácticamente lechos, en los que indolentemente estaban recostados unos hombres rodeando a otro, sentado en el centro, charlando todos ellos entre sí apaciblemente.

Los ojos de Halder se animaron visiblemente al ver entrar el ovoide.

Dirigiéndose a los reunidos, exclamó:

—¡Ah, ya están aquí! Veamos lo que nos cuentan.

Smith y Jones extrajeron al dormido viajero. Bastó un simple ademán de Halder para que Malone recobrara instantáneamente el conocimiento, y le recobró con eficacia. Extendió su índice hacia aquél, gritando:

—Escuche, si cree que yo...

—Por favor —rogó el Presidente—. Siéntese.

Halder no había elevado el tono de su voz, no había hecho ningún gesto violento, pero bastó que hablara para que Malone dejara de hacerlo. Miró en torno suyo y luego, con alguna mansedumbre, dijo:

—¿Dónde está la silla?

No había terminado aún de preguntar cuando del suelo surgió el mueble solicitado. Procurando disimular su asombro, obedeció, admirando en su fuero íntimo el acolchamiento de la silla. Luego aguardó, expectante.

—Smith, Jones, les estoy muy reconocido. Han cumplido su misión

satisfactoriamente. Temí que nuestro visitante les hiciera alguna trastada, pero veo que supieron adivinársela. Pueden retirarse. Vuestra V.I.P. os da las gracias.

Los dos Agentes de Precaución inclinaron levemente la cabeza y se retiraron. Halder se encaró con Malone.

—Señor Malone, hemos estudiado con verdadero interés su expediente y hemos llegado a la conclusión de que usted no es una persona que convenga a nuestro Tiempo.

—¿Por qué? ¿Qué puedo hacerles yo? Estoy desarmado. Por cierto, ¿qué truco usaron esos dos tipos?

Tanto Halder como los personajes que le rodeaban, pertenecientes a su gabinete presidencial, hicieron sendos gestos de disgusto. Conocían, por referencias, aquella clase de lenguaje, pero no lo habían escuchado jamás en una persona viviente. Les desagradó.

—Budd Malone, nosotros hemos buceado en vuestra época. Sabemos que se estaba construyendo una máquina del Tiempo, pero creíamos, ¡incautos de nosotros!, que sería usada únicamente como curiosidad o como medio de investigar en las edades pretéritas de la Historia y así puntualizar hechos que se han tenido como axiomas y luego han resultado un cúmulo de falsedades. Nunca, sin embargo, creímos que os atreviérais a viajar hacia nosotros, es decir, hacia vuestro Futuro. Hubiéramos tolerado que una persona decente, con ansias de saber, hubiera venido a esta época, pero lo que no podemos consentir en modo alguno es que un asesino, un ladrón, un ser carente de sentimiento alguno viva entre nosotros.

Malone se envaró al escuchar las palabras de Halder. Sus manos se crisparon y unas gotas de frío sudor aparecieron en su frente, pálida repentinamente.

La voz de la V.I.P. sonó majestuosa:

—Budd Malone, atracador de Bancos, asesino de niños, escapado dos veces de la silla eléctrica, nosotros no te matamos porque tenemos abolida la pena de muerte, pero te devolvemos a tu época. Allá te castigarán, esta vez sin remisión.

Malone intentó levantarse y abalanzarse, en un desesperado intento de hacer algo para evadirse al destino que le acababan de trazar, sobre el Presidente, pero algo se lo impidió: una abrazadera metálica que surgió repentinamente del respaldo del asiento, sujetándolo

firmemente, y luego, antes de que supiera lo que le iba a ocurrir, sintió que el suelo se hundía bajo él.

El profesor Millicent miró pensativamente el envío que le llegaba de los pisos superiores. Luego tomó una tarjeta que pendía de uno de los brazos del inconsciente "gangster”.

> *“Reexpídase a su época, año 2019. Déjesele junto a la Estación Policial de la calle 54, en Nueva York, U.S.A.*
>
> *Firmado: HALDER, Presidente.”*

* * *

—Profesor Warren, ¿es cierto que su aparato es capaz de enviar un hombre al Pasado?

Brilló el fogonazo de un “flash” y el interpelado parpadeó. Hubo de hacerlo varias veces más, porque los relámpagos de las cámaras se repitieron. Después, los fotógrafos se abstuvieron de usar el magnesio: los potentes focos de los operadores de documentales que luego serían repetidos, apenas filmados en la T V., dieron luz más que suficiente.

Emmet Warren cerró un instante los ojos, deslumbrado. Lamentó no tener a mano unas gafas oscuras, pero sonrió resignado. Aquello era uno de los inconvenientes de la popularidad, quizás el mal menor. Replicó serenamente:

—Ciertamente. Yo mismo lo he hecho. Viajé hacia atrás en el Tiempo.

—¿En qué época estuvo, profesor? — preguntó otro reportero.

—¡Oh! Solamente “retrocedí” unos minutos. Quizá fuera una hora. No lo sé con exactitud. ¡Soy tan distraído!

Hubo un despliegue general de sonrisas incrédulas entre los periodistas.

—¿No se dormiría usted, profesor Warren, y pensó que había vuelto atrás?

La observación provocó una tempestad de risas en todos los presentes, a excepción del entrevistado, cuyo ceño se frunció en tanto que replicaba ácidamente:

—Si no creen lo que les digo, ¿por qué han venido a verme? Estoy seguro de mi invento y puedo afirmar rotundamente que mi aparato es capaz de enviar un hombre al Pasado.

—Si está tan seguro de ello, debiera haber retrocedido siquiera un siglo, profesor.

—No hace falta comerse el pollo entero para saber si está bien asado —replicó Emmet Warren con agudeza, y el preguntón enrojeció.

—Debiera darnos una prueba concreta de que lo que dice es verdad —exclamó Tim McReady, del "Telegraph".

El profesor se quitó las gafas. Miró al que le había hablado con una sonrisa flotándole en los labios.

—Estoy de acuerdo con usted. ¿Por qué no me acompaña? En la máquina del Tiempo hay cabida para dos personas.

McReady miró a derecha e izquierda. Su lengua humedeció los labios, que se le habían quedado secos de repente, y se arrepintió de su intervención. ¿Cómo rechazar ahora la propuesta del profesor? Sus compañeros le contemplaban burlones. Pero no iba a dejar que se rieran de él, por lo que adoptó un aire de desenfado.

—¡De acuerdo, profesor! ¿Qué es lo que hay que hacer?

Warren lo tomó del brazo.

—Venga aquí —dijo.

El profesor hizo que McReady se sentara en un sillón. Aparentemente no había nada de particular en el mueble, a no ser que uno de sus brazos era giratorio y en él había una serie de esferillas graduadas, como si fueran los controles de un corriente aparato de Rayos X. Warren se sentó en el sillón contiguo, tras haber asegurado que el periodista ocupaba la posición correcta, pero antes de que tuviera tiempo de hacer la menor manipulación, McReady se dirigió a uno de sus compañeros.

—¡Eh, Tommy! Déjame tu cámara. Si es cierto lo que promete el profesor, unas cuantas fotografías serán la mejor prueba de sus

aseveraciones. — Luego se volvió hacia Warren—: Estoy a sus órdenes.

El profesor manipuló en los mandos que tenía en brazo derecho de su sillón y, finalmente, pulsó una diminuta palanca. Inmediatamente, y ante los estupefactos ojos de los periodistas, que no creían en lo que estaban viendo, comenzó a ocurrir algo extraño.

Los cuerpos de Warren y McReady se hicieron trasparentes, pero en su totalidad, sin que se percibiera ninguno de sus órganos interiores. Parecían haberse convertido en estatuas de cristal tallado. Poco a poco la transparencia aumentó, en tanto que en su interior flotaban millones de luminosos corpúsculos que bailaban una frenética danza, y luego, sin transición alguna, bruscamente, lo poco que quedaba de aquellos dos seres desapareció, quedando en su lugar únicamente el rectángulo en el que habían estado los dos sillones, igualmente esfumados.

Docenas de asombrados ojos contemplaron incrédulos aquel lugar. Los comentarios fueron de todos los calibres.

—¡Atiza! ¡Se han largado!

—No creo en la máquina del Tiempo. Es un truco solamente

—Warren no es un profesor: es un prestidigitador,

—Estarán en la habitación de abajo, como si lo viera.

—Menudo plantón, pero lo que me voy a reír mientras escribo el reportaje no me lo quita nadie.

—Le voy a dar un palo en el "Centinel” que no le van a quedar más ganas de tomarnos el cabello.

Pero los comentarios de los periodistas no duraron mucho. Apenas un minuto había transcurrido desde la desaparición del profesor y McReady, cuando, por un proceso similar, mas a la inversa, se hicieron visibles, y todos los reporteros advirtieron instantáneamente dos cosas.

Una era el rostro más que satisfecho de Emmet Warren. La otra era la expresión de gravedad que se reflejaba en el de McReady, que había perdido su color natural para ser sustituido por una más que regular palidez.

—¡Eh, Tim! ¿Dónde habéis estado? ¿Habéis visto a Cristóbal Colón “descubrirnos”?

La pregunta levantó un huracán de risas, pero el interpelado, por toda respuesta, echó mano al departamento correspondiente de su cámara automática, extrayendo de ella una fotografía ya positivada y seca completamente. Se la alargó a los más próximos, diciendo:

—Podéis tomarlo a broma, pero es la realidad más real y que valga la redundancia. Si os fijáis detenidamente podréis observar a Lee rindiéndose a Grant en Appomattox. Quedáosla, Yo tengo el negativo. ¡Adiós!

Durante unos instantes un consternado silencio reinó en la habitación hasta que al fin la voz de un tozudo incrédulo exclamó:

—Lo tenían preparado de antemano. ¡Bah! ¡Pareja de timadores!

Los ojos del profesor se posaron con benevolencia en el periodista:

—¿Por qué no se convence usted mismo?

Desdeñosamente, el reportero se sentó en el sillón que antes ocupara McReady, diciendo:

—Le creeré si me lleva a presenciar la declaración de Independencia. No es muy lejos, ¿verdad?

—Estoy a sus órdenes —se inclinó el profesor.

Dos minutos después, un pálido y mareado “chico de la Prensa” se levantaba de su sillón, tambaleándose, vacilando. Hubo de ser sostenido por sus propios compañeros, que le asaetearon a preguntas.

Tardó unos momentos en contestar, y cuando lo hizo no fue sin mirar antes a Warren, diciéndole:

—En la Edad Media le hubieran quemado por brujo. ¡Cielos! ¡Vaya fotografías que he obtenido!

Aquello acabó de convencer a los más reacios, quienes de nuevo se precipitaron sobre el científico, disparándole interrogantes desde todos los lados. Pero hubo una muy especial, que dio a todos mucho que pensar.

—Profesor Warren, si usted ha conseguido una máquina capaz de hacer retroceder al hombre a su Pasado, ¿no cree que los que vivan

dentro de cien o doscientos años podrán tener una igual?

—Pues sí. ¿Por qué no habían de tenerla?

—Entonces, ¿no cree usted raro que todavía no nos hayan hecho ninguna visita?

Warren se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Aquellos a los que hemos visitado no nos han podido ver. Hemos estado en otra dimensión superior distinta a la suya. Es lógico suponer, pues, que si los hombres del Futuro han hecho una regresión a su Pasado, que es nuestro Presente, tampoco hayan sido visibles para nosotros.

—Está bien —exclamó el preguntón, quien prosiguió—: El último disparo, profesor. ¿Por qué no lo averigua, trasladándose al Futuro?

—No estoy muy seguro de regresar a mi época, caballeros. He de perfeccionar aún más mi aparato. Solamente entonces podré recorrer el Tiempo en ambos sentidos, ilimitadamente.

—Muchas gracias, profesor. Con eso tengo bastante. Creo que es hora de hacer el reportaje.

Cinco minutos más tarde el profesor se había quedado solo, pero no le duró mucho su soledad. Solamente el tiempo justo de que los primeros extras de los periódicos, con la sensacional noticia en escandalosos titulares en primera plana salieran a la calle. Un hombre la leyó e inmediatamente se forjó su plan de combate.

* * *

“De la V.I.P. al teniente del Servicio de Precaución P. Haggerthy.

Orden a cumplimentar con la máxima urgencia:

Trasládese al año 2019. Calle 43, número 817, Nueva York, antes U.S.A.

Destruya la máquina del Tiempo recién construida.

Borre de su inventor todo recuerdo relacionado con la misma.

Procedimientos a emplear: a discreción.

Firmado: HALDER, Presidente.”

CAPÍTULO II

No se encontraba muy a gusto Paula dentro de aquellos incómodos ropajes. Cierto que eran, hasta cierto punto, bonitos y vistosos y había que reconocer que moldeaban las curvas de su esbelta figura de un modo admirable. Pero los encontraba toscos y ásperos en comparación con los que ella usaba habitualmente. No obstante, se dijo, resignadamente, que no sería por mucho tiempo. En seguida recobraría los suyos, tan suaves y de colores mucho más apacibles a la vista dentro de su misma brillantez. Volvería a su tranquilo despacho, a la agradable rutina de su trabajo, monótono sí, pero escaso, y, una vez terminada la jornada, a la contemplación de un panorama muy distinto a la de aquella enorme selva de cemento y aluminio.

Por otra parte, el ruido de Nueva York, recién llegada allí, la había aturdido. Ciertamente, para cualquier observador que hubiera conocido el Nueva York de mediados del siglo XXI, estrepitoso, atronador, compuesto de centenares de miles de unísonos bocinazos de automóvil, comparado con éste de principios de la vigesimoprimera centuria, hubiera sido harto notoria la diferencia a favor del segundo. Mas para Paula todavía seguía siendo demasiado estrepitosa la ciudad.

Encontró relativamente modernos los coches, movidos por propulsión nuclear. Los diminutos reactores estaban protegidos lo suficiente para que sus radiaciones no contaminaran el cuerpo de sus ocupantes y los gases eran filtrados antes de su salida, de modo que eran perfectamente inocuos para la respiración. El radar instalado en la parte delantera servíales para detenerlos automáticamente apenas lo indicaban así las luces de la circulación, con lo cual la existencia de guardias de tráfico en las esquinas apenas si resultaba meramente decorativa. Pero, a pesar de todo, aquella atmósfera resultaba demasiado cargada para ella. Horribles los trajes de los varones, de unos tejidos que debían hacer sudar enormemente, impidiendo la transpiración normal. Los rostros de ellas, escandalosamente pintados,

con una gruesísima capa de afeites encima de la piel, destruyendo las células de la epidermis... Suspiró. Pronto estaría de vuelta en el hogar, en el feliz y pacífico hogar.

Avanzó por la calle sin parar mientes en las miradas de los hombres que se complacían en la contemplación de aquel hermoso rostro, de ágiles y elásticas curvas, de felinos y al mismo tiempo suaves movimientos, ingrávidos como si en vez de ser una mujer corriente, fuera la “*prima donna*” del Wiener Staatsoper[1]. Alzó la cabeza buscando un rótulo y al fin una agradable sonrisa iluminó sus rojos labios, que no necesitaban para serlo de los artificios de sus demás compañeras de sexo.

"KING DAVID”, leyó y consultó su relojito de pulsera. Pocos minutos faltaban para que llegase la persona a la que aguardaba, por lo que paseó por la acera hasta que al fin lo reconoció.

Emmet Warren había decidido tomarse un par de horas de vacaciones. Lo necesitaba. Necesitaba confundirse unos momentos con el bullicio ciudadano, escuchar los sones agradables de una buena orquesta, tomarse un par de copas. Había trabajado mucho últimamente y, a sus treinta años escasos, era una pena que permaneciese en su laboratorio como si fuera un monje. De modo que, alegre, con el ánimo extrañamente alegre, dejó a sus espaldas la puerta de su domicilio y barzoneó sin rumbo. No tenía ningún plan.

Distraído, disfrutando del espectáculo urbano como hacía mucho tiempo que no lo hacía, con las manos en los bolsillos, volviendo de vez en cuando la cabeza cuando se cruzaba con alguna chica digna de hacer tal gesto en su honor, continuó andando hasta que de repente tropezó.

Inmediatamente sintió un gritito de susto:

—¡Oh! ¡Mi bolso!

Se volvió bruscamente y los pulmones se le vaciaron de aire. ¡Cielos! ¡Qué par de ojazos! Pero se inclinó tomando el bolso y alargándoselo a la hermosísima desconocida.

—Mil perdones, señorita — dijo—: Soy un distraído.

—¡Oh, no! —contestó ella con voz de miel y crema conjuntamente—. La culpa ha sido mía. Soy una tonta.

—Rechazó indignado el calificativo —sonrió él—: Con esa cara de

ángel se tiene que poseer a la fuerza una inteligencia superior.

Centenares de campanitas de plata tintinearon armónicamente cuando la muchacha rompió a reír.

—Es usted muy amable, señor…

—Warren, Emmet Warren.

—Me llamo Paula. Paula… —dudó y concluyó—: Hagg es mi apellido.

—Espléndido. Un nombre espléndido Opino que lo mejor que podemos hacer para celebrar nuestro mutuo conocimiento es tomar una copa… o dos.

—No sé si debo… —denegó ella, pero Emmet se sintió súbitamente "duro" y la tomó del brazo con suavidad.

—Creo que sí —dijo y empujó la puerta del "King David".

—Los señores dirán —se inclinó el camarero apenas Emmet y Paula se sentaron en la mesita, discretamente oculta por dos pequeños mamparos.

—Pues… —dubitó un momento el joven sabio, pero ella sonrió:

—He oído hablar mucho del "Núcleo Azul". Sírvame uno, por favor.

—Dos —completó Emmet y cuando el camarero volvió, ella vació media copa de un trago. Palideció, se puso encarnada, tosió y al fin, con lágrimas en los ojos, sonrió forzadamente.

—¡Zambomba! Tiene un sabor delicado, pero patea como cuatro mulas de Kentucky juntas —exclamó Paula.

Emmet abrió mucho los ojos, sinceramente asombrado. Aquella exclamación no correspondía con el delicado aspecto exterior de la joven. Pero, ¿a él qué le importaba? Admiró una vez más su esbelto talle, de una delgadez inverosímil, que hacía resaltar, por contraste, el resto de la hermosa anatomía y luego se sintió galante:

—Nadie le ha dicho que es usted muy hermosa, Paula?

Ella sonrió con estudiada coquetería. Se arregló el escote de la blusa, dejando al descubierto cinco centímetros cuadrados más del redondo hombro y no dijo nada. Tampoco puso resistencia al avance de la mano del hombre que le rodeó el talle. Continuó sonriendo, pero

cuando ya los labios de Emmet estaban a punto de unirse a los suyos, soltó una leve carcajada, separándose del hombre:

—Ustedes, los neoyorquinos, son muy fogosos —dijo.

—¿No le parece que más bien yo soy un “iceberg”?

—Quizá, pero a punto de derretirse.

—Está bien. ¿Otro “Núcleo”?

* * *

“Esta noche, a las doce, Budd Malone expiará sus crímenes sentándose en la silla eléctrica.”

El aludido estrujó el periódico, haciendo una pelota con él y tirándolo al rincón opuesto de la celda. Luego miró el reloj que había al fondo del corredor de la muerte, aquél que no se recorría más que una sola vez en determinado sentido, y lanzó un gruñido. ¡Las nueve y media! Apenas ciento cincuenta minutos de vida. Luego, un relámpago y todo concluido. Encendió un cigarrillo para apagarlo al instante, pisoteándolo con furia.

—¿Qué te pasa, Budd? —le interrogó Charlie, el guardián que estaba con él en la celda de la muerte—. ¿Enfadado?

—¡Qué cosas tienes, Charlie! Tráeme un par de castañuelas y verás lo contento que estoy —dicho lo cual se tumbó en el estrecho catre, con las manos detrás de la cabeza, clavando la vista en el techo.

—Vamos, anímate. Juega una partida de damas, Así el tiempo se te hará más corto —y el guardián lanzó una estruendosa carcajada, riendo satisfecho su propio chiste. No murió porque la vista del condenado no tenía el mismo poder que su pistola. Malone se limitó a soltar un intraducible bufido, continuando en la misma estática posición.

Allí acababa su carrera, se dijo. Treinta y cinco años, de los cuales dieciocho habían transcurrido entre constantes violaciones de la ley, “peccata minuta” comparada con las vidas que, fríamente unas veces,

otras por el imperativo de su propia supervivencia, había arrebatado. Ninguno de sus hechos delictivos menores, como los asaltos, atracos y “protecciones” tenía comparación alguna con las muertes que habían salido de la boca de su arma. Y no halló ningún medio de escaparse, por más que devanó sus sesos, lo que le hizo lanzar un juramento. ¿Qué hacían sus hombres? ¿Dónde estaba la ayuda que le prometieron? Se lamentó, crispando los puños, de no poder disponer de un par de horas siquiera de libertad. Con aquel tiempo tendría más que suficiente para ajustarles las cuentas. ¡Bandidos! ¡Abandonarle así! Él había salvado a un hombre de su “panda”, volando los muros de la prisión, en audaz golpe de mano, y ahora ninguno de ellos era capaz de repetir la faena.

Oyó pasos en el corredor y levantó la cabeza vivamente. Un guardián se aproximaba haciendo tintinear el manojo de llaves.

—¿Qué tal, Charlie? ¿Cómo se porta el aspirante a “tostada”? —rio.

—Ya lo ves. Como un novio primerizo —y una carcajada doble resonó, en tanto que el recién llegado introducía una llave en la cerradura. Era la hora del relevo de Charlie. Las diez. El saliente se ahorraría el espectáculo.

La puerta empezó a girar al abrirse y en aquel mismo momento, una idea cruzó, relampagueante, por el cerebro de Budd. En una décima de segundo, pensó y obró.

Saltó hacia Charlie, extrayéndole el revólver de la funda sin tapa antes de que tuviera tiempo siquiera de enterarse de lo que le ocurría, sin poder evitarlo.

Su mano se alzó y descendió como un torbellino, imposible de seguirse con la vista, y cuando esto último ocurrió, un siniestro chasquido pudo oírse en la celda “humosa”. El guardián se desplomó como un saco, sin haberse apercibido que le habían fracturado el cráneo.

—¡Qué rayos!...—comenzó a gritar el otro, pero su reacción fue demasiado lenta. De nuevo la culata del revólver entró en acción, esta vez disparada contra la mandíbula del otro vigilante, quien lanzó un apagado gruñido cuando todas las estrellas del firmamento hicieron acto de presencia ante sus ojos. Malone repitió el golpe y su oponente cayó, cruzado sobre el cadáver de Charlie.

El “gangster” comenzó a trabajar febrilmente. El reloj era ahora su peor enemigo. En cualquier momento podían darse cuenta de que

Charlie se retrasaba mucho en salir.

Apartó brutalmente a un lado al segundo caído. No era de su complexión, en tanto de que estaba seguro de que las ropas de Charlie le iban a estar ni pintadas. Y en poquísimos minutos estuvo listo, sin olvidarse el otro revólver, que introdujo, precautoriamente, debajo de la guerrera.

Se caló profundamente la gorra. Que le diera la sombra en los ojos. Luego salió de la celda, cerrándola y arrojando el grupo de llaves sobre su cama, sin ruido. Así les daría un poco más de trabajo.

Había sido compañero forzado del infeliz Charlie para que no supiera imitar de sobra su pausado balanceo al andar. Por si le estaban observando desde la mirilla de la puerta final —aquella puerta opuesta a la otra, de la que nunca se regresaba una vez franqueada—, acomodó su paso imitando al del guardián que yacía en la celda. Pero sus movimientos eran demasiado lentos para el desbocado galope de su corazón, inusitadamente aceleradas sus pulsaciones.

Tocó con los nudillos en la puerta. Se sabía la frasecita de memoria:

—¡Eh, dormilón! ¿Me quieres tener aquí hasta el día del Juicio?

No hizo el menor ruido la puerta al girar sobre sus bien engrasadas charnelas.

—¡Hola, Charlie! —dijo el otro—: ¿Cómo sigue Malone?

—¡Psé…! Por ahora, como todos, un tantico fanfarrón. Luego se le bajarán los humos.

Pero cuando ya había dado unos cuantos pasos, la voz del otro vigilante le hizo lanzar una imprecación en su interior:

—¡Oye! ¿Tienes cerillas? Se me han acabado y tengo ganas de fumar. Se me hace muy largo el tiempo.

Malone maldijo en abundancia, viéndose metido en un brete. No podía denegar el favor a su "compañero" so pena de que éste comenzara a sospechar algo turbio. Y el volverse le perjudicaría sin duda alguna. No siempre iba a tener tanta suerte. El guardián se daría cuenta de que él no era la persona que creía. Inclinó la cabeza, en tanto que fingía rebuscarse los bolsillos. Contra lo que esperaba, encontró fósforos y, respirando hondo, se volvió, sin alzar la vista.

—Aquí tienes, Clay... ¡Caramba, se me han caído!

Hizo ademán de inclinarse a recogerlos, pero el otro, incautamente, fue más rápido. Todavía no los había tocado con las yemas de los dedos, cuando el filo de la mano de Malone descendió brutalmente sobre su nuca. El llamado Clay se estiró convulsivamente, terminando la caída y quedándose inmóvil.

Diez minutos más tarde, Budd Malone respiraba a pleno pulmón el aire libre. Y otros quince después sintió el desgarrarse de la atmósfera al ulular la sirena de alarma. ¡La fuga había sido descubierta!

Los coches de la prisión, aullando como endemoniados, pasaron raudos. Ninguno de los que los ocupaban prestó atención al hombre que, vestido de blanco con un gorro del mismo color sobre la cabeza, empujaba parsimoniosamente un carrito de helados. Y, quinientos metros más atrás, el auténtico propietario del vehículo de mano, gruñía desesperadamente, revolcándose detrás de un seto, procurando desatar las firmes ligaduras que Malone improvisara con tiras de los pantalones del uniforme del guardián, una de las cuales sirvió para amordazar al heladero.

Caminando pausadamente, vio un coche parado. Se acercó allí y contempló, entre burlón y divertido, la pareja estrechamente abrazada.

—¿No les apetece un helado? Les convendría refrescarse —dijo, zumbón.

El hombre se separó de la muchacha, desliando el abrazo y lo miró con ojos coléricos:

—¡Largo, inoportuno! Métase sus helados en el cogote.

Budd suspiró:

—Me parece que tendré que castigar esa muestra de mala educación —y sacó el revólver. La muchacha ahogó un grito al ver un rayo de luz resbalar por el pavonado cañón del arma.

—¡Bajen del coche! ¡Los dos! —ordenó perentoriamente Malone, y la asustada pareja obedeció sin replicar. El tono de voz de quien les estaba atracando resultaba altamente persuasivo—: Den la vuelta. Al otro lado del automóvil. Y cuidadito con suspirar siguiera. Me son ustedes simpáticos y lamentaría perjudicarles más.

Obedecieron los novios y, cuando Malone, con ellos, al abrigo del coche, juzgó que había llegado el momento, dijo:

—Señorita, usted échese al suelo. De cara. No le conviene ver un hombre en paños menores. El caballero me va a prestar su traje que me ha gustado mucho y lo necesito.

—Si cree que… —empezó a protestar el hombre, pero sintió demasiado cerca de su dentadura el aire que hizo el revólver al desplazarse y optó por la prudencia. Calló y se desvistió rápidamente, para caer luego fulminado por un certero culatazo detrás de la oreja. La muchacha lanzó un pequeño chillido al sentir el golpe del cuerpo de su novio, encima del suyo, pero Budd la tranquilizó:

—No se preocupe. Dentro de diez minutos recobrara el conocimiento. ¡Y vuélvase de una vez!

Antes de tomar el coche, examinó la cartera del caído, que ya empezaba a dar señales de vida. Lanzó un bufido de ira:

—Tanto lujo y no lleva encima más que veinte dólares. Si no mirara… —y arrojó, enfurecido, la cartera a la cuneta.

Dio el contacto, embragó y partió raudo, dejando tras sí una pareja cuyos gritos de socorro comenzaban a taladrar la noche.

* * *

Emmet Warren empezaba a ver la vida de color de rosa:

—Soy un tipo estupendo —hipó—: He aguantado doce coces de mulas de Kentucky, Paula. ¿Quiere que salgamos a tomar un poco el aire?

—Creo que sí —rió ella—: Nos conviene a los dos. Debemos ventilar los “Núcleos Azul” que nos henos tomado.

Emmet dejó un billete sobre la mesa y quiso levantarse. Su primer intento le falló lastimosamente, porque las piernas se le hundieron hasta la rodilla en el suelo, o al menos eso le pareció a él. En cuanto a Paula se encontró repentinamente al otro lado de la mesa, agarrándose a ella con ambas manos, procurando hallar un mínimo de equilibrio.

—¡Zambomba! Pero si no estaba mareada —exclamó.

Con tremendo esfuerzo, Emmet desenterró sus piernas y luego tomó a la muchacha del brazo, procurando reducir al mínimo los radios de las curvas que trazaban. El fresco de la noche disipó en parte los vapores del alcohol.

—Lo mejor será que nos tomemos un café, en otro sitio, para concluir de despejarnos. ¿Le parece bien?

—Encantada —repuso ella, oprimiéndose ligeramente contra el hombro del varón, aunque íntimamente disgustada por tener que estropear su delicado estómago con tanto mejunje. El "Núcleo Azul" le había agradado primeramente, pero los siguientes le habían sentado, de sabor al menos, como un tiro. Suspiró resignada. Gajes del oficio, pensó.

Se sentaron en los altos taburetes de un bar, tras cuyo mostrador se hallaba un aburrido camarero, sumido en la lectura del periódico, que abandonó con evidente enojo al entrar la pareja. El diario quedó sobre la barra en tanto que las "manos" del barman manipulaban en la cafetera.

Paula tomó el periódico y, apenas lo había hecho, dejó escapar de nuevo su palabra favorita:

—¡Zambomba! ¿Es usted éste?

—No, Paula. Yo soy el de al lado.

CAPÍTULO III

"SÚPLICA Nº. 467A-735.097.

De la No Forma Máxima

a las No Formas 50 Mil Veces Inferiores

Kik, Qjap Tmer.

Se les ruega humildemente emprender viaje con la Mayor

Rapidez y materializarse en el Tercer Planeta. Estudiar sus condiciones de vida para un posible establecimiento de los No Formas allí. Informar con la menor pérdida de tiempo posible.

Grabado: IKLAJ, No Forma Máxima.”

* * *

—¡Extra! ¡Extra! ¡Budd Malone se evade de la cárcel dos horas antes de la ejecución! ¡Extra!

—Dame uno, muchacho —pidió el hombre que llevaba el sombrero muy inclinado sobre los ojos, que despidieron llamas al leer los gruesos titulares que anunciaban la fuga del condenado, casi en el preciso instante de sentarse en la silla eléctrica. Estuvo a punto de arrugarlo entre sus manos, pero se contuvo. Giró y se mezcló con el tumulto del público que pugnaba por apoderarse de un ejemplar del diario.

—¡Extra! —continuaba vociferando el vendedor—. ¡El profesor Warren descubre la máquina del Tiempo! ¡Periodistas trasladados al Pasado! ¡Con las fotografías históricas en el interior! ¡Extra! ¡Extra! ¡Extra!

Pero las frases del mozalbete no despertaron la atención del hombre, que caminaba con una obsesa idea de venganza en su mente. Tropezó con una pareja y estuvo a punto de soltar un exabrupto. Se contuvo. No le convenía provocar ningún incidente. Quería llegar sano y salvo a determinado lugar. Y, con aquella idea tan aferrada a su mente como el peso de su cuerpo, caminó, acelerando el paso.

Anduvo durante largo rato, hasta sentir pesadez en las articulaciones. Es claro, pensó. Los largos meses de encierro hacían sentir su desentrenamiento. Pero no se quiso arriesgar a tornar ningún taxi. Los conductores solían ser tipos de vista larga y lengua todavía más larga, y no estaba seguro de que no le desembarcasen frente a una comisaría. Prefería andar.

Cruzó calles y más calles hasta que al fin dio con el lugar que buscaba. Oteó por encima de los visillos interiores, atisbando el público que había en el interior de aquel bar. Luego caminó una docena de pasos más, torciendo a su izquierda por una calleja estrecha, sin luz,

avanzando con harta seguridad hasta que dio con una pequeña puerta, que abrió con experiencia que no le habían hecho olvidar los tiempos de cárcel.

Procurando no hacer crujir los eslabones, subió hasta el primer piso, deteniéndose ante una puerta, a la que aplicó el oído. El rumor de unas voces llegó hasta él.

Abrió de un empujón, cerrando con el pie y quedándose apoyado contra la madera. Sonrió duramente.

—¡Qué diablos...! —comenzó a decir alguien que se levantó repentinamente, derribando su silla con estrépito, al mismo tiempo que introducía la mano en el interior de la americana. Pero su gesto quedó cortado en seco al reconocer al recién llegado.

—¡Budd Malone! —dijo, y su rostro se volvió tan blanco como el yeso de la pared.

—El mismo, Kirk Shomew, el mismo. Budd Malone, que vuelve del sitio de donde pensábais no volvería, ¿eh?

—Escucha, Budd... —el llamado Kirk extendió sus manos suplicantes hacia el "gangster"—, nosotros hicimos todo cuanto nos fue posible. Pero, compréndelo, todo tiene su límite.

—¡Idiotas! —rugió profundamente Malone, mordiendo las palabras—: Os saqué de todos los atolladeros en que os metisteis, jugándome el pellejo por vosotros, y no habéis sido capaces de devolverme el favor. Claro, Budd muere, el dinero para nosotros. Esa es la cuenta que os hicisteis, ¿verdad?

"Red" Jurgins intentó aplacar al que había sido su jefe:

—Budd, personalmente yo estuve hablando con un guardián de la cárcel y lo tenía convencido. Me costó diez de los grandes, pero sé que lo han enchiquerado, porque nos vigilaban. ¿Qué querías que hiciéramos?

—Pretextos, pretextos... —gruñó despectivamente el "gangster"—. Y tú, ¿qué tienes que decir, "Cara de Mulo"? —se dirigió hacia el tercero de los jugadores, callado hasta entonces, temblándole las mandíbulas visiblemente. Una gota enorme de sudor le resbaló desde la frente hasta el mentón. Vaciló medio segundo y al fin cayó, estrellándose contra la mesa con perceptible chasquido.

Malone continuó, implacable:

—¿Recuerdas, “Cara de Mulo”? Eras mi hombre de confianza y volé los muros de la penitenciaría para salvarte. Pero tú no hubieras sido capaz ni de rascar con las uñas por devolverme el favor.

Calló de nuevo el “gangster”. Su mirada fue, uno por uno, de hombre a hombre, aniquilándolos con la sola malignidad de su expresión. La tensión aumentó hasta llegar a su punto culminante. Podía cortarse el silencio como si fuera una pella de manteca.

Shomew estaba en pie y fue el primero en obrar. Saltó hacia atrás al mismo tiempo que su mano extraía la pistola, que no llegó a usar, sin embargo. La bala de Malone fue más rápida. Una raya llameante cruzó el tabuco, concluyendo su trayectoria en la frente del granuja, que se abrió como si fuera una granada madura. Shomew no dijo nada.

Jurgins dio una patada a la mesa. Fichas, naipes, botellas, vasos, todo lo que había encima cayó al suelo con inenarrable estrépito y, buscando la seguridad, Jurgins se retorció, en tanto que se dejaba caer. Pero Malone tiraba como si se hallara en una feria, con tranquilidad, con feroz sangre fría. Dos balas seguidas alcanzaron a “Red” en el estómago, doblándolo sobre sí mismo, en una horrible calistenia angustiosa. La tercera, junto a la oreja, acabó con sus padecimientos.

La habitación tembló con las detonaciones. Sus paredes se estremecieron de un modo visible, y “Cara de Mulo”, saliendo al fin del marasmo en que le habían sumido los disparos, saltó. Mas no hacia adelante, sino hacia la puerta, buscando en ella una improbable salvación.

Tocó el pomo, pero en el mismo momento una barra de hierro candente le entró por la espalda, hasta salirle por debajo de la tetilla izquierda.

Fue empujado por la bala que le entró por la nuca. Dio un salto convulsivo hacía adelante, sin saber que ya estaba muerto. Rodó con lúgubre matraqueo por los escalones, en tanto que Malone, satisfecho, enfundando las dos pistolas, salía a todo correr.

Se mezcló a propósito con la turba que, asustada, salía del local. Una sirena policial ululó a distancia, pero cuando llegaran los agentes no le encontrarían allí.

Cuando estuvo lo suficientemente alejado del lugar de sus recientes

crímenes, sonrió satisfecho. La noticia de su venganza se haría pública. No habría confidente que se atreviera a declarar a la policía que le había visto, por lo que, ligero el paso, se encaminó hacia otro local similar al que había abandonado, cuyo dueño era de bastante confianza.

Jerry Lowe se quedó de una pieza al ver a Malone. Juró para sus adentros, mas le debía unos cuantos favores y, por otra parte, en el mundo misterioso del hampa se había extendido ya la noticia de la "masacre".

—Así, que fuiste tú, ¿eh? — dijo apoyando las manos sobre la mesa del reservado, tras la que se había sentado, frente a la puerta, el "gangster".

Rio duramente Malone:

—¿Qué esperabas que hiciera, Jerry? Esos imbéciles hubieran sido capaces de no levantar un dedo por salvarme.

—Está bien, Budd. ¿Qué piensas hacer ahora?

Se encogió de hombros el interpelado:

—No lo sé, pero no quiero meterte en un compromiso. Los "polis" no tardarán en venir a verte.

—Te acorralarán, Budd.

—Puede —contestó Malone simplemente—: Pero todavía no lo han hecho. Anda, tráeme "whisky". Y la lengua quieta.

—Descuida, chico. Ya soy mayorcito y sé lo que me conviene.

En tanto que Jerry Lowe iba en busca de lo pedido, Malone encendió un cigarrillo distraídamente. Luego, aburrido, tranquilo como si no hubiera cometido tres crímenes, sacó el periódico del bolsillo.

Lo hojeó. Una de sus debilidades había sido la publicidad. Aunque en la presente ocasión no hubieran publicado su fotografía, su efigie era de sobra conocida. Tanto como la del Presidente. Pero la habían colocado al lado de la de un tipo con cara de idiota. ¿Qué habría hecho aquel individuo para merecer los honores de la primera plana?

Leyó los titulares. —¡Bah! ¡Fantasías de los "chicos de la prensa"!—. A buen seguro que no tenían otra cosa mejor que hacer. Y, aunque

solamente fuera por curiosidad, devoró los renglones escritos. Luego se quedó pensativo.

No prestó atención a la botella que Jerry depositara suavemente encima de la mesa. El dueño del cafetucho no quiso molestarle. Conocía las bruscas reacciones de Malone y no estaba muy seguro de recibir un inesperado botellazo sí lo cogía de malas. Se retiró, pues, en silencio.

Budd meditó durante un buen rato, después de haber leído la interview. Encendió un cigarrillo, vació media botella de un solo trago y luego, volvió a mirar la cabecera del diario.

Diez minutos después había tomado una resolución.

* * *

—¡Zambomba! ¿Usa usted gafas, Emmet?

Warren sonrió forzadamente:

—A veces solamente, Paula.

—Debe ser usted un fulano de mucho talento, Emmet —dijo la muchacha, desmintiendo con el tono de voz su desgarrada fraseología —. Ahí es nada. Haber inventado una máquina capaz de trasladar a un tío hacia atrás o hacia adelante en el Tiempo.

—Hacia atrás, solamente, Paula, hacia atrás. Todavía no hemos probado el hacerle visitar a nuestros descendientes.

—¡Zambomba! Sí que sería curioso un viajecito así. Me gustaría hacerlo —y al pronunciar las palabras, la muchacha entrecerró los ojos, haciendo aletear las pestañas de tal manera que Emmet sintió derretírsele las entrañas.

A pesar de que los “Núcleo Azul” habían dejado ya de cocear, todavía quedaban en el estómago del científico algunos residuos no totalmente eliminados por el café. Se sintió galante y se apodere de un sonrosado dedito:

—¿Querría usted acompañarme, Paula?

—¿Dónde? —preguntó ella.

—¡Oh! Lo dejo a su elección. A ayer, al año pasado, a la fiebre del oro en California, donde le plazca.

—¡Sí, sí! —palmoteó ella alegremente—: ¿No me cobrará usted nada, verdad?

Emmet sonrió con suficiencia. Arrojó un billete sobre el mostrador, del que se apoderó al instante la muchacha:

—¡Oh! ¡Qué estampa tan bonita, Emmet! Me gustaría quedármela como recuerdo. Me lo permitirá, ¿no?

Warren la miró con los ojos desorbitados. Contuvo la interjección nada académica que estaba a punto de brotar de sus labios, pero acabó por sonreír forzadamente. Por lo visto no habla tenido Paula bastante con una taza de café. Tendría que hacerle otra en casa. No quería líos una vez hubieran retrocedido unos cuantos años. Podían quedarse estancados en sabe Dios qué épocas. Extrajo un nuevo billete del bolsillo, dejándolo sobre la barra y tomó el mórbido brazo de Paula, que sonreía brillantemente, con una expresión como nunca había visto Emmet. Los labios de la muchacha, sin la menor huella de carmín, eran tentadoramente rojos y sintió súbitos deseos de besarlos. Pero se contuvo. Era un sabio.

—Vamos —dijo, suspirando—: Mi casa está cerca. Podemos ir paseando.

Paula, mirándole deliciosamente, asintió.

Caminaron los dos despaciosamente. Sintiendo el agradable contacto del brazo de Paula en su mano, se notó invadido por una sensación tan agradable como nunca la advirtiera. Le gustaba la chica, no podía remediarlo.

Sin prisas, silenciosamente, dejándose ganar por el encanto del momento, la pareja anduvo hasta que llegaron a la puerta del domicilio de Emmet. Abrió éste la puerta, y dijo:

—¡Luz!

Una serie de focos hábilmente ocultos se encendieron como por arte de magia. El interruptor estaba conectado con un micrófono, cuyas minúsculas vibraciones, al ser pronunciada la palabra, hacía pasar la corriente. Uno de los múltiples inventos de Warren quien, si pensó

haber impresionado a Paula se quedó chasqueado, pues ella permaneció tan tranquila.

—¡Fíuuu…! —silbó—: ¡Zambomba! ¡Vaya choza, Emmet! ¿Aquí vive usted?

Sonrió él, halagado.

—Esta es su casa, Paula. Acaba de tomar posesión de ella.

—¿Es mía, Emmet? ¿De verdad que me la regala usted?

—¿Eeeh…? ¿Cómo ha dicho, Paula? —se asombró él.

—Usted dijo que la casa es mía. ¿O es que ahora se va a echar atrás?

—¡Hombre… yo…! Es una fórmula de urbanidad, Paula, ¿comprende?

—No —declaró ella decidida, frunciendo el hociquito—: En mi país cuando alguien ofrece una cosa, el otro la toma tan tranquilo. Por lo tanto ya me quedo en la cabaña. ¿Hace?

—¡Pero…! —Emmet iba de sorpresa en sorpresa.

—Nada de peros, Emmet. Si le dijera ahora que le daba un beso, usted aceptaría, ¿no es así?

—Naturalmente, Paula —exclamó él, brillándole los ojos.

—No tema. No se lo ofreceré… por ahora —sonrió ella, maliciosamente, mirándole con el rabillo del ojo—: Vamos, no se quede como un pasmado. Enséñeme esa máquina maravillosa. Tengo ganas de ver lo que pasó hace un par de cientos de años.

—Venga por aquí —y cruzaron los dos la habitación, penetrando en otra mucho más espaciosa, que se iluminó por el mismo procedimiento que la que acababan de abandonar.

—¡Oh! —exclamó ella al ver el complicado artefacto: dos sillones encima de una pequeña plataforma, de la que salía un intrincado cúmulo de cables que desaparecían en las paredes del nicho en que se hallaba el artefacto. Paula avanzó despacio, con los ojos iluminados por la excitación. Tocó con mano maravillada uno de las brazos del asiento, y se volvió hacia Emmet—: Es usted todo un sabio y… — pero sus ojos se quedaron de pronto fijos en un punto a espaldas del hombre, desmesuradamente abiertos, perdida su agradable expresión.

—¿Está usted mala? — dijo él.

Pero Paula no contestó. Parecía haberse quedado convertida en una estatua de piedra, tal era su inmovilidad.

Emmet se volvió y palideció al ver el hombre que, pistola en mano, con cruel gesto en el duro rostro, avanzaba hacia ellos.

—¿Qué viene usted a hacer aquí? No llevo dinero en el bolsillo, de modo que ya se está largando o llamaré a la policía.

—¿Dinero? ¿Policía? ¡Bah! ¡Idiota! Quiero algo mejor —gruñó sarcásticamente Budd Malone, continuando su avance.

Pero Emmet tenía todavía algún truco que exponer:

—¡Teléfono! —pidió el aparato apareció flotando en el aire, dirigiéndose hacia él. La puertecita que lo había ocultado giró y se confundió de nuevo con el muro.

Pero Malone, todo y aun estar enormemente sorprendido, no dudó un segundo. Demostró que el tiempo de encierro no había debilitado su puntería y la bala impactó contra el aparato, disolviéndolo en una lluvia de menudos fragmentos, en tanto que Paula. espantadísima, pero ya tarde, se tapaba los oídos, palideciendo.

—Así está mejor —gruñó el “gangster”—. Y ahora a lo nuestro. Le recomiendo, Warren, que no use más trampas. El próximo disparo irá contra usted.

—¿Qué es lo que desea? Ya le dije que no tenía dinero.

—Y yo también le he dicho que el dinero no me interesa... por ahora. Quiero sentarme en uno de esos sillones.

—¡No! —gritó Emmet, comprendiendo que se hallaba ante el otro original de las dos fotografías de primera plana del diario—. No le ayudaré a escaparse de nuestra época.

—¿No? —Budd curvó sus labios desdeñosamente—. ¿Sabe que tengo métodos para convencerle, profesor?

Éste lamentó infinito no haber instalado en la casa algún método para su personal defensa. Y por otra parte apreciaba de sobra su pellejo, aunque si se enteraban de que había ayudado a Malone a evadir la acción de la justicia, su acto de complicidad le costaría unos cuantos

años de prisión. Pero ¿quién iba a saberlo? Malone ya habría tenido buen cuidado de no dar cuenta a nadie de sus propósitos.

—Está bien —se encogió de hombros—. Puesto que lo desea así… —se volvió, caminando hacia los sillones.

Sintió el contacto del cuerpo de Malone Junto al suyo. Lo tenía a su derecha. Perfecto. Y disparó su codo, hundiéndolo en el estómago del "gangster", girando luego con rapidísimo movimiento, alargando el puño derecho al mentón de Malone, quien, sorprendido, cayó hacia atrás, lanzando un gruñido de dolor y cólera conjuntamente.

—¡Mátalo! ¡Patéale las tripas! —gritó enfervorizada Paula, y el asombro que, una vez más, le produjeron las incomprensibles palabras de la muchacha, paralizó, esta vez con desastrosos efectos, la acción de Emmet, que se disponía a arrojarse sobre el bandido, pero que, en lugar de hacerlo, miró hacia la muchacha, estupefacto.

Aquello le fue fatal, porque inmediatamente un millón de multicolores lucecitas bailaron ante sus ojos. Tardíamente comprendió, cuando un rayo de insoportable dolor le atravesó la mandíbula hasta el fondo del cerebro, que el cañón del revólver de Malone había sido usado con acierto. Se le reblandecieron las piernas y se encontró de pronto mirando el dibujo del pavimento, a cinco centímetros de su nariz.

Luego sintió que las fuertes manos de Malone le tomaban por el cuello de la americana, levantándolo.

—¡Vamos, mequetrefe! ¡Arriba y cuidadito con intentar otra trastada!

Emmet obedeció, levantándose penosamente y entonces fue cuando Paula quiso arrojarse sobre el "gangster", pero bastó un leve movimiento de su mano derecha para que ella se quedara sentada, con un campanario en pleno funcionamiento dentro de su cráneo. Sonrió encantada, ausente.

—Está bien —dijo Warren—. Siéntese y lárguese de una vez. ¿Dónde quiere ir?

—Lo dejo a su elección, siempre que sea a cien años de distancia al menos —dijo Malone, sin dejar ir encañonarle con la pistola.

Había tirado una de las pistolas, agotadas las municiones, pero la otra tenía el cargador repleto.

—¡Le enviaré a la guerra de Cuba y ojalá lo mate una bala española!

— gruñó Emmet, pero el arma de Malone se agitó amenazadoramente.

—¡Ojo, doctor! Nada de regresiones al pasado. Mándeme a lo futuro. No quiero ir a ningún sitio que no tenga teléfono, televisión y aire acondicionado al menos, ¿comprende?

Los ojos de Emmet se desorbitaron al comprender las intenciones de su interlocutor.

—¡No puede ser! ¡Quizá se quede allí para siempre, sin poder regresar!

—¡Oiga, constructor de abrelatas! ¿Qué se figura que quiero? Lo mejor que puede hacer es dejarme allí para siempre. ¡Qué gusto! Nadie me conocerá. ¡Venga ya, pronto!

Cinco minutos más tarde, solos los dos, Emmet se dedicaba a reanimar a Paula, quien sonrió al abrir los ojos.

—¡Héroe mío! —suspiró, y alargó sus brazos.

CAPÍTULO IV

Kik, el piloto, comenzó a maniobrar en los mandos para decelerar la marcha de la espacionave, mirando con cierta inquietud el verde planeta que había allá abajo.

Aun sin instrumentos, era imposible equivocarse. El tercero en la distancia, comenzando desde el sol. El único capaz de mantener la vida. Envuelto en los cendales de su abundante vapor de agua, giraba perezosamente en el espacio. Parecía muy inocente, muy pacífico, pero...

Kik rebulló inquieto en su alvéolo.

—¿Qué te ocurre, Kik? —le preguntó Qjap, el transmisor.

—No lo sé. Es tan increíblemente hermoso ese planeta, pero su misma hermosura da la impresión de que algo enormemente malvado se esconde detrás de sus nubes.

—Podrá ser malvado —terció Tmer—, pero si hay vida tiene que ser de unas condiciones notoriamente inferiores a las nuestras.

—¡Hum! Me gustará comprobarlo —rezongó Kik, volviendo su atención a los mandos.

Suavemente, sin la menor perturbación, la astronave penetró en la esfera atmosférica, perdiendo velocidad a cada momento. Casi había llegado el momento de abandonarlo.

Sus compañeros aguardaban con beatífica expectación. Confiaban en su habilidad. Kik emitió la onda previsora de que deseaba hablar, pero la cortó apenas salida de su mente. No sabía ciertamente cómo expresar sus aprensiones y no quería comunicarlas a Qjap y Tmer. Pero por fin habló:

—Necesito informe sobre la superficie del tercer planeta.

Frente a Tmer había un sinnúmero de cuadrantes y esferillas que se animaron en variados destellos de arco iris, silenciosamente, sin el menor chasquido. Finalmente Tmer leyó la indicación del vidrio inferior, en forma de paralelogramo extraordinariamente alargado.

—Vida muy inferior, Kik. Formas perfectas, definidas. Incapaces de la menor transmutación.

Kik exhaló un suspiro de alivio.

—¡Uf! ¡Menos mal! —y luego miró los cuerpos de sus compañeros, haciendo una mueca de disgusto. Ya se lo habían advertido al partir. La disciplina se relajaría, pero nunca había creído que lo fuera tanto. El No Forma Jefe de Invasión se lo había anunciado, pero a pesar de ello tenía que hacer algo por recuperar la autoridad conferida como capitán de la nave.

—En nuestra expedición se están cifrando grandes esperanzas — dijo —. Ahora nos hallamos muy lejos de nuestro mundo.

—Sí —repuso Qjap, el transmisor, saliéndose de su forma y acomodándose en la pared frontera—. Estoy cansado ya de viajar.

—No obstante —el tono de Kik era severo—, no hay nada que disculpe el abandonar la Forma. No debéis olvidarlo.

Resignado, Qjap recuperó la del transmisor, guardando silencio. Kik prosiguió:

—Es seguro que tengamos que adoptar formas exóticas. Tenemos permiso especial para ello. Pero, recuérdenlo bien: ¡no se debe asumir una Forma extraña que no sea en el estricto cumplimiento del deber!

—Sí, Kik —contestaron mansamente y al unísono Qjap y Tmer, en tanto que la astronave, con el justificado orgullo de su habilísimo piloto, descendía suavemente.

Kik pensaba que tendrían que atravesar por muchas tentaciones. La mayor de ellas el especial permiso para adoptar otra Forma. Recordaba lo que le dijera el jefe de invasión, poco antes de partir:

—Tenga cuidado con sus ayudantes, Kik. Tenemos plena confianza en ellos, pero... Ya me entiende, ¿no? Son jóvenes, llenos de vida, hábiles, listísimos, inteligentes, pero su misma juventud y exuberancia de vida puede hacerles cometer un error no totalmente imputable a ellos. De Qjap se sabe que ha tenido algunos amagos de tentación de variacionismo. Procure que no se salga de las Formas que usted les prescriba. Necesitamos ese planeta con desespero, Kik. En usted confiamos todos los No Formas.

Kik se había erguido, dentro de su esbelta Forma de Piloto Espacial, saludando todo lo correctamente que supo hacerlo. Se haría merecedor a la confianza en él depositada. Por ello, y en cuanto tuvo a mano una masa de nubes se confundió con ella.

—Tendremos que destruir la astronave —dijo melancólicamente y mientras que tres grupos de gotas de lluvia, más espeso que el resto del chaparrón, caían sobre la húmeda tierra, los métales del aparato interplanetario se fueron confundiendo con los charcos, hasta que éstos recobraron su anterior aspecto.

La lluvia cesó, pero tres charcos de agua se negaron obstinadamente a dejarse evaporar por los ardientes rayos del sol que habla salido, más ardiente que antes, a continuación de la tormenta.

—Tenemos que hacer algo, Kik. No podemos continuar siempre en nuestro estado actual de líquido —refunfuñó Tmer.

—Está bien. Buscad alguna Forma que se adapte a vuestro deseo. Pero sin alejarse de aquí, ¿estamos?

Un roble surgió repentinamente junto a uno de los ya secos charcos. Qjap quiso andar, pero no pudo.

—¡Idiota! —le reprendió Kik—. ¿No estudiaste que en el Tercer

Planeta los vegetales no son locomotivos?

—Mil perdones. Tendré que buscar otra Forma —dijo, y en aquel momento, un can, vagabundeando, pasó por allí.

Inmediatamente tuvo un compañero, que se colocó a su lado, agitando la cola, pero el primer perro amaba la soledad, porque se echó encima de Qjap, lanzándole un feroz mordisco. El Transmisor quiso defenderse, pero se había olvidado de ponerse colmillos, así es que hubo de transformarse de nuevo en inmóvil roble. El perro lanzó un aullido de espanto y huyó a toda la velocidad que le permitían sus piernas.

Un trío pasó a lo lejos, a cien metros de distancia. Tmer se convirtió en un girón de neblina y envolvió al matrimonio con su hijito que caminaba por un camino lateral en busca de la carretera principal. Los examinó cuidadosamente y luego gritó:

—¡Venid! ¡Venid! ¡Ya tengo nuestras Formas!

También neblina, Kik y Tmer rodearon a la familia, examinándola curiosamente. Kik decidió:

—Yo seré el hombre; Qjap, la mujer, y Tmer, el niño.

—Mejor me gusta el cuerpo de perro —protestó el Transmisor.

—Haz lo que quieras. Tmer será ella. Pero no aquí. Más lejos. En una cosa espesa, muy densa, que se llama ciudad. Vamos y cuando estemos en sus puertas, abandonaremos el aspecto de neblina.

Así lo hicieron, y esta vez Qjap no se olvidó de proveerse de unos buenos dientes, pero Kik le reprendió:

—Reduce la longitud de los colmillos y escóndelos detrás de los labios, Qjap. Y mueve la cola de vez en cuando. No la lleves recta como si fuera un poste.

Caminaron largo rato, admirando los altísimos edificios.

—Muy atrasados —murmuró Tmer, con voz encantadora, cogido del brazo de Kik.

—Sí. Necesitan de una cáscara artificial para resguardarse de las variaciones de temperatura. No nos será difícil conquistarlos.

En aquel momento un par de borrachos pasaron junto al matrimonio.

Uno de ellos se detuvo y abrió los ojos.

—¡Cielos! ¡Vaya chica guapa! Oye, hermosa, ¿quieres acompañarnos?

Tmer miró a Kik. La situación era completamente imprevista para los tres. Qjap se sentó en el suelo, sobre sus cuartos traseros, lanzando un alegre aullido. Le divertían las reacciones de aquella tan primitiva raza.

Pero no en vano Kik era el jefe de la expedición y sabía lo que tenía que hacer. Alargó su puño y el beodo cayó al, suelo, como un saco. S compañero empezó a protestar:

—¡Eh, oiga! Que sólo se trata de una broma. ¿Por qué no guarda el monumento en casa?

¡Plaf! El segundo puñetazo se oyó y los huesos de otra mandíbula crujieron desagradablemente. El matrimonio, con el perro, continuó su paseo apaciblemente, hasta que un ruido agradable les llamó la atención.

—Debe de ser lo que llaman música. Entremos —ordenó Kik, y Qjap y Tmer le siguieron, pero el portero de la boite les echó el alto.

—Prohibidos los animales —dijo secamente.

—¡Ah! Lo hablamos olvidado —repuso Kik—. Perdónenos. Tmer, deja ese cuerpo. Conviértete en el niño que viste antes.

Obedeció el Transmisor y el portero dejó que la mandíbula le colgara unos instantes, para reaccionar enseguida.

—Lo siento. Pero los niños tampoco pueden entrar en este local.

—¡Cuántos inconvenientes! —murmuró Kik—. ¿Qué haremos? La música que sale de ahí dentro es deliciosa. Qjap, repite a Tmer.

El portero se quedó sentado en el suelo, estupefacto, y no dudó en hallarse ante unos ilusionistas de tremebunda fantasía. Había visto cómo un perro se transformaba en un niño, pero que éste se convirtiera en una mujer hermosísima, idéntica a la que el hombre llevaba del brazo, hasta parecer calcada por el mismo patrón, era ya más que suficiente. Abandonó la puerta para embaularse un trago de diez minutos de duración. Luego se enjugó el rostro sudoroso, haciendo esfuerzos para serenarse.

—¿Qué te ocurre, Slick? Si te ve el patrón por aquí, te va a largar un puntapié de cinco toneladas —le dijo el barman.

—¡Déjame en paz! —gruñó el portero, concluyendo el vaso.

Quince minutos más tarde, estalló la bronca. Cuando los tres No Formas quisieron abandonar el local, sin pagar la consumición, naturalmente.

Un hombre alto, atlético, con la cara surcada de cicatrices, les salió al paso.

—¿Quieren decirme quién les ha invitado? —Su tono era muy poco amistoso y desagradó enormemente a los tres visitantes de la Tierra.

—¿Invitado? —aquella era una palabra nueva para Kik—. No le entiendo. Hemos tomado unos sorbos de un horrible líquido y nos marchamos. Eso es todo. No sé qué manía tienen de mezclar el anhídrido carbónico con el agua o lo que sea. ¡Horrible! —repitió Kik, que dio un paso hacia adelante.

El gerente de la boite agarró al extraterrestre por un brazo. Creía sujetarlo, pero no fue así. Kik siguió caminando sin darse cuenta de que su miembro se quedaba atrás, y durante un momento el tipo permaneció temblando convulsivamente. Luego alcanzó a su extraño cliente y le dijo:

—¡Eh, oiga esto es suyo!

Kik lo miró con indiferencia:

—¡Ah, sí, gracias! ¡Qué torpe soy! —y volvió a colocárselo, ante la estupefacta mirada del gerente, que, reaccionando, creyó habérselas con un auténtico genio del ilusionismo.

Una súbita idea asaltó su mente:

—Escuche. Repita eso que ha hecho en el escenario y le pagaré lo que pida.

—¿Pagar? No, gracias. Tengo otras cosas mejores que hacer. Y déjenos en paz.

—Entonces, venga la pasta. No se larguen sin abonar la consumición.

—No le entiendo. —continuó Kik impertérrito, observado con curiosidad por sus compañeros de equipo. El gerente sacó un billete de

su bolsillo.

—Quiero decir que entregue unos cuantos como éste. O los conduciré a la comisaría más cercana.

Kik tomó el rectángulo de papel verdoso, murmurando:

—Muy interesante, muy interesante —y al momento, ante las cada vez más atónitas miradas del gerente, se materializaron un buen montón de billetes, que Kik le entregó en el acto.

—Tome. Para usted, buen hombre —y se esfumó, en compañía de sus dos amigos.

El estupefacto gerente miró compungido los billetes. ¡Cielos! ¡Qué forma tan fácil de obtener dinero! Los examinó cuidadosamente, pero fue para lanzar, un minuto más tarde, un alarido de desesperación. ¡Todos tenían la misma numeración! Y se abalanzó sobre el teléfono más próximo, aullando de tal manera, que le entendieron en la comisaría de dos manzanas más abajo igual que si hubiera salido a gritarles a la calle.

Después, atropellando clientes, se asomó. Allá iban los tres tipos aquellos. Corrió, alcanzándolos.

—¡Eh, ustedes!

Kik se volvió disgustado:

—¿Todavía no ha terminado con nosotros?

—¡Verán! Es que... Bueno, la verdad es que me dieron dinero de más y pensé devolverle el resto...

En tanto que hablaba con ellos, observaba con el rabillo del ojo el automóvil que, rasgando la seda del asfalto con sus neumáticos, se les aproximó velozmente, deteniéndose con su estrépito de frenos que hizo estremecer profundamente a Kik y compañía. Un par de hombres desembarcaron de él, y el gerente se dirigió hacia ellos:

—Aquí los tiene usted, teniente. Lléveselos. Y los billetes también. No quiero líos con la justicia. Mi establecimiento es absolutamente honrado.

El policía miró atentamente a los tres hombres. No les encontró otra cosa que quizá un excesivo refinamiento, pero les señaló el coche con

el pulgar:

—¡Adentro!

Kik dudó un segundo. Pensó en perder aquella Forma tan inconveniente, pero decidió seguir adelante. Tiempo tendría. Le convenía observar todas las manifestaciones de la vida en el Tercer Planeta. No dijo nada y, seguido de Qjal y Tmer penetró en el coche, dejando atónitos a los funcionarios policiales al ver que los tres hombres se comprimían en el espacio de uno solo. Pero no demostraron su asombro. El teniente ordenó arrancar al chofer y éste obedeció, girando el automóvil y encaminándose hacia la Comisaría, a la que llegaron un minuto después, justamente en el mismo instante en el que hacía su impresionante aparición el todavía aturdido Budd Malone.

* * *

“Del V. I. P. al

Teniente del Servicio de Precaución

P. Haggerthy.

¿Por qué se demora tanto en el cumplimiento de su orden. El olvido de su deber ha hecho que recibiéramos el primer visitante de la época en que usted se halla, habiéndonos visto precisados a devolverlo por indeseable.

Obre sin demora o aténgase a las consecuencias.

Firmado: HALDER, Presidente.”

* * *

—¿Se encuentra bien, Paula? —preguntó solícito Emmet, ayudándola a levantarse.

—Sí, gracias. El bruto ese me sacudió de firme. ¡Qué manera de pegar!

Es peor que una docena de “Núcleos Azules” juntos.

Sonrió Emmet. Afortunadamente todo había pasado ya. Nadie se enteraría de que había ayudado a un peligroso criminal a escurrir el bulto a su justo castigo. Ahora le quedaba la chica, y sentía ante ella la extraña fascinación que nunca apreciara ante ninguna otra mujer. ¿El flechazo? Puede que sí. En todo caso, encantador flechazo.

Paula al ver pensativo al sabio, exclamó:

—¿Qué le ocurre, Emmet? —la muchacha hubo de repetir la pregunta para que el sabio volviera a la realidad.

—¡Eh…! Nada, nada. Estaba pensando en que quizá sea ya la hora de acompañarla a su domicilio.

—¿Domicilio? Bien, gracias —rio ella—. Cuando guste.

Durante un buen rato, cogidos de la mano, caminaron ambos en silencio, sin pronunciar palabra. Anduvieron y anduvieron hasta que el varón fue el primero en romper el encanto.

—Pero, bueno, ¿dónde vive usted, Paula?

La muchacha le miró intensamente, temblándole las largas pestañas.

—No lo sé —declaró sencillamente, y sus palabras sumieron en una terrible confusión a Emmet.

—Está bien. La acompañaré a buscar un hotel decente, Paula, No puede pasarse la noche andando y, por otra parte, mi casa es la de un solterón horra[2] de la mínima comodidad para una mujer.

Alzó la mano y detuvo al primer taxi que pasó, ayudando a la muchacha a introducirse en él. Le dio una dirección y el automóvil partió raudo.

Las violentas luces de la ciudad desfilaron velozmente. El vehículo torció una esquina y aceleró de nuevo. Mas de repente perdió la dirección y comenzó a zigzaguear violentamente.

Un estallido sonó y el juramento que lanzó el conductor también sonó fuerte. Una de las ruedas delanteras había estallado, pero el iracundo taxista se precipitó en sus apreciaciones nada gratas para la compañía constructora de las gomas, porque apenas había sonado el estallido del neumático expulsando violentamente el aire, cuando una serie de

disparos rasgaron violentamente la tranquilidad nocturna.

Sin embargo, el conductor no hizo caso de las detonaciones que continuaban resonando como trallazos. Bastante tenía él con pelearse con el volante que se negaba obstinadamente a obedecerle, hasta que al fin, con un horrísono estampido de hierros y cristales, el automóvil se estrelló, después de remontar abruptamente el bordillo de la acera, contra la pared más próxima.

El conductor quedó doblado, inconsciente, sobre el aro del volante. Emmet salió despedido y su frontal chocó contra algo que le hizo ver las estrellas, quedando en una agradable semiinconsciencia. Paula fue la que salió mejor parada, pues se recuperó al instante. Vio a los policías, pistola en mano, correr hacia el lugar del desastre y luego sus hermosos ojos, destilando ternura, se posaron sobre el científico, que sonreía vagamente.

—¡Amor mío! —murmuró y le besó apasionadamente. Luego, recogiéndose la falda, salió y echó a correr, fundiéndose con las sombras, sin hacer caso de los requerimientos de los policías, quienes, no estando seguros de su identidad, no se atrevieron a hacer fuego, dedicándose a atender a los restantes pasajeros del vehículo siniestrado.

* * *

“Mensaje urgente del

Teniente del Servicio de Precaución

P. Haggerthy al

V.I.P.

Cumplimentada la orden. La máquina del Tiempo ha sido destruida. Todo recuerdo de su inventor con la misma ha sido borrado. Ruego permiso veinticuatro horas para estudio de la época.

Firmado, P. Haggerthy.”

* * *

“Del V.I.P. al

Teniente del Servicio de Precaución P. Haggerthy.

Permiso denegado. Agradecemos cumplimiento misión, pero debe regresar sin demora. Su estancia en el siglo XXI puede acarrear funestas consecuencias para la Historia.

Firmado: HALDER, Presidente."

CAPÍTULO V

—¿Por qué no nos marchamos, Kik? ¿Por qué razón hemos de seguir a estos seres? —inquirieron Qjap y Tmer, uno tras otro.

La pregunta estaba hecha en su idioma, en un ultrasonido de centenares de miles de vibraciones por segundo, por lo que ninguno de los funcionarios de policía pudo escuchar nada, lógicamente, aunque sí notaron un inusitado desasosiego que les hizo rebullirse inquietos en sus respectivos asientos. Pero la Comisaría estaba cerca y, por otra parte, no hubo más que una frase de respuesta de Kik con lo que pronto volvió la tranquilidad a los terrestres.

—Para el mejor desempeño de la misión que se nos ha confiado debemos estudiar todas las facetas de la vida en el Tercer Planeta. Siempre estamos a tiempo de convertirnos en humo —dijo Kik, y no habló más por el momento.

Chirriaron los frenos del coche policial al detenerse frente a la estación, en el mismo momento en que un hombre, aún aturdido, tambaleándose, visiblemente atontado, daba unos pasos ambiguos por la acera, sin saber exactamente el lugar en que se hallaba. El teniente fue el primero en descender y clavó su inquisitiva mirada en aquel sujeto.

El otro detective estaba absorto mirando cómo se “desplegaban” aquellos tres tipos tan raros que habían falsificado unos billetes del

Tío Sam. Casi parecieron salir uno de dentro del otro, pero de súbito su atención fue desviada por un grito, más bien un feroz aullido de su jefe.

—¡Budd Malone! —y no lo dudó más, Echó mano a la pistola, encañonando al "gangster" que, exhausto, no tuvo fuerzas siquiera para defenderse. El alarido, rebotando por las paredes, penetró hasta el interior de la Comisaría, de la que, en tropel salieron unos cuantos agentes y, confundido con ellos, un repórter gráfico que esperaba, hastiado, una oportunidad de congraciarse con su iracundo director. Chispeó la cámara y aquello pareció hacer entrar en razón a Malone, que intentó, aunque tardía, la evasión de nuevo.

—¡Alto, Malone! ¡Deténgase o disparamos!

Kik y sus compañeros se hallaban ya fuera del coche y contemplaron con ingenua simpatía al perseguido. Detrás de ellos se encontraba el otro detective que también, como el conductor, había sacado la pistola.

—¡Ustedes procuren no moverse o lo pasarán muy mal!

Pero Kik comenzó a charlar excitadamente con Qjap y Tmer.

—Estoy viendo que estos humanos son unas fieras. Nos han detenido a nosotros sin motivo alguno. Ahora lo quieren hacer con ese pobre infeliz.

—¿Por qué no perdemos esta Forma tan indigna de unos seres del Sistema y adoptamos otra que nos permita llevarnos al detenido con nosotros? —sugirió Tmer.

—¡Eso es! ¡Eso es! —aprobó excitadamente Qjap—. ¡Vamos, Kik, tú eres el jefe! ¡Decide de Una vez!

La conversación, naturalmente, se había desarrollado en el lenguaje de los No Formas, y de haberlo hecho en el terrestre hubieran perdido al menos treinta preciosos segundos, suficientes para que los policías echaran mano a Malone, pero apenas duró una vigésima parte de este tiempo, y no había tomado Kik su decisión, cuando ya los tres se habían convertido en una espesísima nube humosa que rodeó por completo a Budd, ocultándole totalmente a la vista de los estupefactos policías.

El detective que vigilaba a los supuestos falsificadores se quedó viendo visiones. Los tenía a medio metro delante de su pistola y de repente se

le disolvían en humo, dirigiéndose la nube hacia el “gangster”.

—¡Santa María Purísima! —exclamó, y el nerviosismo le hizo apretar inconscientemente el gatillo, con lo que el latigazo del disparo golpeó duramente la hasta entonces relativamente quieta atmósfera de la noche.

Malone sintió de repente que todo el mundo se ocultaba a su visión. Se vio envuelto en una densísima niebla, sin saber los motivos, pero una vez más tuvo ocasión de felicitarse de su buena estrella. Con un poco de suerte, dejaría aquellos malditos bofias con la palabra en la boca. Y echó a correr, comprobando asombradísimo, que la nube corría con él, a su misma velocidad. Y, todavía más estupefacto, sintió una voz junto a su oído:

—¡Corra, amigo, y no tema! ¡Nosotros le protegeremos!

Malone no había creído en su vida en fantasmas, por lo que se sobresaltó enormemente. Pero, entre lo que le había ocurrido unos minutos antes, en aquel país desconocido del Futuro, y el hecho de verse repentinamente en la puerta de una Estación de Policía, le habían convertido en un ser muy escéptico, especialmente ahora que trataba de salvar el pellejo y notando que la manzana se acababa, torció por la esquina, en medio de los estallidos de los disparos de los policías.

Pero, de momento, había otro asunto que requería la atención de los representantes de la autoridad: el taxi volcado, del que, en aquel momento salía una mujer que echó a correr a toda la velocidad, que fue mucha, que la impulsaron sus hermosas piernas, para huir de allí.

—¡Eh, alto! ¡Alto! —vociferó el teniente con toda la potencia de sus pulmones. Seguramente aquella dama estaba en combinación con Malone. Pero sus exhortaciones fueron inútiles, por lo que se vio precisado a hacer fuego, pero sin alcanzarla, ya que la mujer se perdió prontamente por la calle lateral. Y aunque el coche policial la persiguió, no lograron dar con el menor rastro de ella. Se había esfumado de la misma forma misteriosa que el “gangster” y los tres falsificadores, por lo que el teniente, en vista de que no le cabía hacer otra cosa, descargó todo el golpe de su cólera sobre el infeliz detective que se había quedado al cuidado del trío, que se había convertido en humo.

—Conque en humo, ¿eh? ¡En humo se va a convertir su empleo, O’Kee! ¿Cree que soy tan idiota como para creerme esa fábula de las

Mil y Una Noches?

—Pero, ¡por el amor de Dios, teniente! Le juro que…

—¡No me jure nada, O'Kee! —cortó el irritado oficial con sarcasmo—. Estoy seguro de que no sabe diferenciar una pistola de un tirador de goma. Quítese de mi vista.

Se dedicaron a atender al conductor del taxi, que recuperó prontamente el conocimiento. No así el otro pasajero, que parecía haber caído en un profundo coma, por lo que hubo de ser trasladado con toda urgencia al hospital más próximo. Y luego, el teniente, se dedicó a interrogar al gerente del cabaret, así como al portero, y sus declaraciones le produjeron un intenso dolor de estómago.

—Primero eran un matrimonio con su perro. Luego el perro se convirtió en una mujer exacta a la otra. Como si el hombre se hubiera casado con dos hermanas gemelas.

—¡Casado con dos gemelas! —bufó el policía, arrojando de su presencia al galoneado servidor, y luego estuvo a punto de caerse de espaldas cuando habló con el gerente.

—No tenía nada en la mano. Cogió el billete que yo le enseñé para examinarlo y de repente, ¡paf!, hizo aparecer diez o doce, que son los que usted tiene, teniente. En mi vida he visto un truco…

El policía, Angus McBride, no se había visto jamás en tal atolladero. Calándose el sombrero, dejó el gerente de la boite con la palabra en la boca.

—¡Trucos…! —repitió despectivamente—. ¡Trucos! —y ordenó secamente al chofer—: Llévame al hospital, Pete. Quiero ver si ese tipo del taxi ha recuperado el sentido. Me parece que soy yo quien lo va a perder —gruñó mientras encendía un cigarrillo.

El médico de guardia meneó apesadumbrado la cabeza:

—No lo entiendo, teniente, no lo entiendo.

—Que no entiende, ¿el qué, doctor?

—Solamente ha recibido un golpe superficial en la frente, que ni siquiera ha necesitado puntos. Es un golpe que solamente ha producido un leve chichón y que, en condiciones normales, es para producir un desvanecimiento de apenas cinco minutos. Pero ya lleva

más de dos horas y en mi vida he visto un golpeado dormir más pacíficamente.

—¿No han intentado despertarle, doc.? Me interesaría enormemente hablar con él.

El médico miró ofendido a McBride:

—¿Para qué se cree que estamos aquí, teniente? En vista de que los métodos ordinarios fallaban, pensamos podría tener alguna lesión interior. La radiografía nos ha demostrado que ese paciente tiene el cerebro tan bien como usted y como yo, teniente. No me explico su letargo, porque no hay causa aparente para ello. ¡Ah! Y aquí tiene su documentación.

El policía echó un vistazo a la tarjeta de identidad social del durmiente, y apenas lo había hecho, cuando silbó admirado.

—Conque este es el tipo que ha inventado la máquina del Tiempo, ¿eh? Me gustaría saber —añadió McBride pensativo—, qué diablos hacía con la chica en el taxi. Y que parecía bonita. Estos sabios parecen personas muy serias, pero luego son capaces de dar el pego a cualquiera. Bien, doc. En cuanto recobre el conocimiento, llámeme a la Comisaría.

Angus McBride tomó el sombrero y salió del hospital con la decisión y la energía de un perro de presa. No sabía que ambas cualidades, por el momento, le iban a ser perfectamente inútiles.

* * *

Budd Malone corrió como un desesperado. Ni siquiera la consideración de que, no viendo nada delante de él, podía conducirle al desastre por romperse la cabeza contra una pared, consiguió hacerle aminorar el paso. Aquello era poco probable. Pero lo que sí era seguro que, con la muerte de un guardia al menos, además de las ya cometidas, no tardaría en sentarse en la silla eléctrica, ni una semana tan siquiera. Y ahora no le valdrían trucos de ninguna especie. Esto si no le tomaban como objeto de tiro al blanco, al igual que lo estaban haciendo ahora.

Dos o tres balas silbaron repentinamente junto a sus oídos, pero, a continuación, y a pesar de que los disparos continuaban sonando, aquellos silbidos cesaron. No sabían que Kik había hablado:

—¡Detened esos proyectiles! Que no molesten a nuestro amigo.

Los policías se volverían luego locos al examinar las aplastadas balas; aplastadas como si hubieran chocado con un muro de acero. Pero Budd Malone lo ignoraba y por ello, aun sintiéndose intrigado por aquella nube que continuaba envolviéndolo, no cesó de darle a las piernas hasta que no pudo con su alma y tuvo los pulmones en la boca.

—¡Uf! —se detuvo y jadeó—. ¡No puedo más!

—Seamos compasivos con él —sugirió Qjap, aprobando la propuesta el jefe, e inmediatamente Malone se sintió suspendido en el aire y arrastrado a través de éste, a una velocidad espantosa. Quiso gritar, pero no pudo. El mismo pánico que se había apoderado de él se lo impidió.

Budd pensó si todavía se hallaría en la celda de la muerte, de la que se había evadido horas antes. Lo que le estaba ocurriendo a él no era lógico, no era natural. Seguro que se hallaba en el centro de una horrible pesadilla. Dentro de muy poco vendrían el cura, el alcaide y los tres médicos, que, con algunos funcionarlos más le acompañarían a la cámara de ejecución. Y gritó, gritó, horrorizado hasta que una mano invisible le tapó la boca.

Caminó así durante largo rato. Luego notó que aquella fuerza misteriosa que lo arrastraba perdía altura y, de repente, antes de que

pudiera apercibirse de ello, sus pies tocaron algo blando. Suelo con hierba. Intentó dejarse caer sobre él y, ante su infinito asombro, lo consiguió.

Se pasó un pañuelo por el rostro sudoroso. Todavía seguía envuelto en aquella nube, inexplicablemente.

Kik habló:

—Recobremos la Forma anterior.

Malone oyó un silbido profundísimo y la nube empezó a girar velozmente. Se subdividió en tres harapos de vapor que continuaron girando independientemente. Luego aquellos pedazos de humo fueron adquiriendo forma, como si una mano invisible los moldease, y, de repente, un hombre y dos bellísimas mujeres, estas idénticas exactamente la una a la otra, se le aparecieron.

Malone, respingando de asombro, se sentó en el suelo:

—¡Diablos! ¿Quiénes... quiénes son ustedes? ¿De dónde salen?

El hombre, Kik, se apresuró a tomar la palabra:

—Amigos suyos. Por lo visto se encontraba en un apuro del que le hemos sacado, ¿no?

Malone continuaba estupefacto, pero no por ello dejó de reír:

—¿Apuro? Hermano, usted no define exactamente la clase de lío en que me hallaba metido. Pero, me gustaría saber quiénes son ustedes.

Kik vaciló. Aquello no entraba en sus planes. Darse a conocer. Claro es que, si aquel hombre a quien habían salvado de las garras de otros que querían hacer algo indigno con él, resultaba molesto, nada les sería más fácil que perderse, convertidos de nuevo en humo. Por ello se decidió a replicar:

—Nosotros somos los No Formas.

—¿Los No Formas? ¿Qué diablos quiere decir con esas palabras? ¡No le entiendo! —se sinceró el “gangster”.

—Nosotros no somos terrestres como tú. Pertenecemos a otra rasa, cuyos conocimientos son tan infinitos que le hacen adoptar, en el momento en que lo desean, la Forma que más les conviene. Hemos venido a explorar el Tercer Planeta, para ver si está en condiciones de

ser habitado por nosotros. En el nuestro, la vida se nos hace de día en día imposible.

—De modo que vosotros podéis tomar la Forma que os apetece, ¿eh?

—Es claro. Nuestro poder mental sobre el débil barro que es la envoltura, que podemos llamar humana, es infinito. ¿No te fijaste, cuando iban a detenerte, en tres personas que, de repente, se convirtieron en humo, protegiéndote y ayudando a evadirte de aquellos hombres malos?

Malone recordó. Sus ojos habían captado, aunque muy vagamente, la escena. Un hombre y dos mujeres que le contemplaban, delante de un policía como asombrados, en tanto que en su derredor se formaba el más espantoso de los barullos. Luego, sin saber cómo ni el porqué, se había visto envuelto en aquella niebla, tan espesa y tan providencial. Y aquellas voces...

—Sí —sonrió el hombre que era Kik—. Éramos nosotros.

Una serie de fugaces y atormentadores pensamientos cruzaron por el criminal magín de Malone. Estaba en una época de tantos y tan sorprendentes inventos... Aquella máquina del Tiempo no había sido ningún sueño en la celda de la muerte. Había sido realidad, y realidad auténtica. Había sido proyectado centenares de años hacia adelante, pero había elegido mala edad, porque los que la habitaban no quisieron saber nada de él, devolviéndolo a la puerta de la Comisaría. Por lo tanto, aquellos seres que tenía delante y que, a voluntad propia, perdían una forma para adquirir otra no eran tampoco ninguna alucinación, sino otra realidad viva y tangible. Eran sus amigos. Tenía suerte de que ignorasen de qué clase de barro estaba construido. Había que aprovechar la situación.

La mente del “gangster” continuó funcionando a presión. Si conseguía conservarlos como aliados, se haría el amo del mundo. Nadie podría resistir aquel formidable poderío de que dispondría en cualquier momento. Pero, además, había otra cosa. ¿No habían dicho que eran una especie de avanzadilla de su raza? ¡Naturalmente! ¿Cómo había sido tan idiota de no haber dado antes con la solución? No solamente sería su amigo, sino que, o no se llamaba Budd Malone, o con el tiempo llegaría a ser su jefe indiscutido e indiscutible. Y sonrió torcidamente. Todavía quería alguna prueba más.

—¡Hum! Eso de que os convirtáis en cualquier cosa, solamente con desearlo.

—En cualquier cosa —reafirmó Kik, sin ocurrírsele siquiera; en su planeta era algo severísimamente prohibido, penado con la pérdida instantánea de la facultad de1 la Forma; penetrar en la torcida mente de su interlocutor.

—Y bien, ¿a qué esperáis, pues? Hacedme una demostración —pidió Malone.

Kik miró a las dos chicas guapas que eran sus compañeros Qjap y Tmer:

—Enseñadle a este humano de lo que sois capaces —dijo.

—¿Qué Forma tomamos, Kik?

—En la Tierra hay infinidad de ellas —sugirió el jefe—: Tomad unas cuantas variadas.

Sucesivamente, y ante los sagaces, al par que asombrados ojos de Malone, aquellos seres fueron adquiriendo el aspecto de perros, gatos, hombres vestidos de policía —forma que recordaban y que hizo respingar al forajido—, robles, montones de hierba y el final, apoteósico, una pequeña nube deshaciéndose en una catarata de lluvia, fue definitivo.

—Vosotros queréis estableceros aquí, ¿no es verdad? —inquirió Budd.

—Ciertamente — le contestó Kik.

—¿Qué os parecería si yo os echase una manita? —y ante las miradas asombradas de los tres No Formas, rectificó cautamente. Tendría que usar un lenguaje correcto con ellos—: Quiero decir que os gustaría tener un aliado aquí, ¿verdad?

Kik miró a Qjap y Tmer. La situación era nueva para ellos y no estaba incluida en el plan de operaciones. Pero lo que interesaba era el fin, no los medios, y la ayuda de un ser que conocía perfectamente el Tercer Planeta no podía ser más valiosa. Desechó sus vacilaciones a un lado:

—Acepto —dijo con firmeza, y suspiró aliviado al ver que las dos chicas hermosas coincidían con sus deseos.

—Muy bien. Lo siento mucho, pero tenéis que perder ese aspecto. Ya sois conocidos de la policía y, puesto que tenéis que soportar la Forma Humana, adoptad otra innocua. No me conviene —¡y lo siento!—

llevar al lado dos mujeres tan llamativas. Nos echarían el guante antes de que diéramos media docena de pasos. Debemos pasar completamente desapercibidos.

Con la ayuda de Malone, los extraterrestres fueron adquiriendo otras complexiones absolutamente diferentes a las anteriores. Kik se transformó en un camionero, Qjap en un mecánico y Tmer en un granjero de vacaciones. Malone sonrió satisfecho:

¡Espléndido! ¡Muy bien! Y, ahora, a desarrollar nuestro plan.

CAPÍTULO VI

"Del V. I.P.

a los Agentes de Precaución Smith y Jones.

Orden con preferencia urgente:

Viajar en el Tiempo y trasladarse hasta el lugar en que se halla el teniente P. Haggerthy. Detenerlo y devolverlo a nuestra época sin pretexto ni excusa alguna. No usar de la violencia.

Firmado: HALDER, Presidente."

* * *

El teniente Haggerthy estaba ocupadísimo en aquellos momentos. Su mente había captado una amenaza extraña. Cumplida la misión que le llevara al año 2.019, había pedido veinticuatro horas de permiso para vagabundear por la ciudad, empapándose de Prehistoria, pero tal vacación le había sido denegada. No obstante, y tras haber reducido a escombros el piso de Emmet Warren, en el cual se hallaba instalado el maravilloso aparato, explosión hábilmente controlada que únicamente causó sus efectos contra lo que había sido destinada, se dispuso a emprender el regreso, suspirando melancólicamente, para lo cual buscó el lugar solitario en el que abandonara, perfectamente

enmascarada, su máquina del Tiempo.

No llegó siquiera a tocarla. Algo rebotó contra su mente, haciéndole ponerse instantáneamente en guardia, y, horrorizado, escuchó con atención el diálogo entre Budd Malone y los tres seres no terrícolas.

Lanzó un dedo mental sondeando el cerebro del “gangster” y lo que vio en él le llenó de pavor. Personalmente, sabía que no podían afectarle los demoníacos planes de Malone, pero si no intervenía, si no obraba rápidamente, el curso normal de la Historia podría cambiar radicalmente. De tal forma que podría muy bien ocurrir que el teniente Haggerthy no llegase a existir.

Ni ninguno de los humanos de su época. En su lugar, la Tierra se hallaría poblada por aquellos misteriosos seres, cuya identidad desconocía y, para averiguarla, no se le ocurrió otra cosa que proyectar sus ondas mentales hacia aquellos cerebros, tanteándolos, hasta que dio con el del jefe.

Budd Malone estaba conversando tranquilamente con aquellos tres que él, en su fuero interno, calificaba como de fantasmas, cuando de repente, apreció que los dos que anteriormente habían sido dos guapas chicas vacilaban y caían al suelo, estirándose y quedándose completamente rígidos. El jefe también cayó, pero, por lo visto, debía poseer más fortaleza, por lo que logró incorporarse en seguida y sus palabras dejaron helado por completo al forajido, que estaba profundamente alarmado.

—¡Hay alguien que nos está escuchando, Malone!

—¿Eeehhh...? ¿Cómo dices, Kik? —ya se habían presentado mutuamente—: Yo no veo ni oigo nada.

—Está algo alejado de aquí, pero ha usado su mente. Nos ha tanteado cerebralmente, y por eso ha derribado a Qjap y a Tmer, que no se esperaban la intrusión de sus pensamientos. En cuanto a mí, no consiguió hacerlo, porque instantáneamente me puse en guardia, aunque no he conseguido evitar del todo sus efectos.

—Y bien, ¿qué pasará ahora? —inquirió Malone.

—Nada —repuso Kik—: Nada, excepto que ya hay una persona que sabe tanto del plan de invasión, como nosotros mismos.

—¿A qué esperamos, pues? —gruñó Budd—: Tú sabes dónde está, ¿no? Vamos a capturarle.

—Aguarda un momento —dijo Kik, e hizo algo extraño, con lo que consiguió que sus dos compañeros revivieran al momento—. Andando.

—¿Por qué no os transformáis en nube y le alcanzáis? —preguntó el “gangster”.

—No quiero que sepa nuestra condición de No Formas —contestó Kik sensatamente—, y, por otra parte, no podrá escapársenos.

Kik menospreciaba las buenas cualidades del teniente Haggerthy, porque a éste le bastó introducirse en su máquina, para trasladarse a un par de horas antes, con lo que la búsqueda de aquellos cuatro seres resultó absolutamente infructuosa.

Malone pateó el suelo con rabia:

—¡Idiotas! ¡Habéis dejado escapar al espía! Y todo por no haberme hecho caso.

—No te preocupes —sonrió Kik—: Ese hombre caerá muy pronto en nuestras manos. Quizá antes de lo que te figuras, Aunque se esconda en lo más intrincado de vuestra ciudad, nuestras mentes no dejarán de localizarle.

—Veremos —gruñó Malone, no muy convencido.

—Aguarda un momento —dijo Kik, y quedó como en éxtasis, del que salió al cabo de un par de minutos, murmurando con aire de satisfacción—: Ya sé dónde piensa encaminarse. Vayamos allí.

El teniente Haggerthy se encaminó a la ciudad. Ignoraba que su mente había sido sondeada y que todas sus intenciones eran perfectamente conocidas.

* * *

“Del teniente Haggerthy a la V.I.P.

Mensaje urgente, con Muy Urgente respuesta:

Amenaza de invasión del planeta por raza extraterrestre de características todavía desconocidas acaba de producirse. Solicito autorización para pronta intervención y evitar cambio

curso de la Historia. Asimismo solicito ayuda.

Firmado: P. Haggerthy.”

* * *

El Presidente Halder leyó con atención el mensaje. Luego pulsó el botón que tenía al alcance de su mano y un rostro apareció inmediatamente ante él, en la pantalla del comunicador.

—Investigue antecedentes históricos de un intento de invasión del Planeta por seres de una raza desconocida, procedentes de un mundo extra galáctico.

—Sí, excelencia —contestó respetuosamente el llamado, retirándose a una inmediata estancia en la que había una enorme máquina archivadora, con una mesa ante ella, muy parecida al teclado de una descomunal máquina de escribir, sentándose en el sillón y comenzando a manejar los controles, haciendo una serie de preguntas al cerebro electrónico del aparato.

Entre tanto, Halder se paseaba con preocupada expresión. Hasta entonces su gobierno del Planeta había sido fácil, de absoluta paz octaviana. Pero el incidente del visitante del Pasado le había puesto de mal humor, mal humor que se había visto aumentado con la semidesobediencia del teniente Haggerthy. ¿Por qué diablos no había regresado éste inmediatamente? No lo acababa de comprender. Era uno de los oficiales del Servicio de Precaución —en aquella época ya no había Servicio de Seguridad—, más competente y más disciplinado. Afortunadamente y, quizá por esa misma falta de disciplina, había descubierto algo interesante. Aquel intento de invasión. Pero Halder se dijo que, entre sus estudios históricos no había nada que hiciera mención a viajeros de ninguna clase de otros planetas, en el principio del siglo XXI.

Suspiró impaciente, pero no tuvo que esperar mucho más: la pantalla del intercomunicador se iluminó y el encargado del Archivo Histórico murmuró:

—Excelencia, la Historia no habla para nada de una visita de seres de mundo distinto al nuestro en el año 2019.

—Sin embargo, creo que esa desagradable contingencia está produciéndose o a punto de producirse. Tendremos que tomar algunas medidas. Podría ocasionarse una catástrofe sin precedentes.

Se paseó meditabundo durante unos instantes, hasta que al fin alzó la cabeza decidido. Luego borró la imagen del archivero histórico, haciendo aparecer en ella, en su lugar, la del Transmisor de Mensajes, al que dictó uno, terminando:

—Es muy urgente. Que le den preferencia absoluta sobre todos.

—Así se hará, excelencia.

* * *

Fresca, pimpante como una rosa, Paula entró a la mañana siguiente en el Hospital. La encargada de Información frunció el ceño. Era comprensible. La diferencia de tez era más que suficiente para que la más hermosa de todas las Miss Universo que habían sido y serían, sintieran un odio feroz hacia la muchacha. Máxime cuando la de Información era la fealdad por antonomasia.

—Deseo ver al profesor Warren.

—No sé si se lo permitirán —contestó bruscamente la otra—: Todavía sigue dormido. Yo creo...

—Gracias. Habitación número 715 dijo, ¿no?

Información se quedó estupefacta. Ella no había mencionado ninguna cifra, y no tuvo fuerzas siquiera para detener a la joven que ya se encaminaba, ágil y decidida, hacia el ascensor.

La jefa de las enfermeras le salió al paso:

—Lo siento —empezó a decir, pero inmediatamente sintió algo que hizo que sus entrañas se derritieran de simpatía hacia la hermosísima recién llegada—: Pase. Duerme como un recién nacido.

—¿Todavía no se ha despertado?

—No —suspiró la enfermera—: Y ya hemos ensayado todos los métodos. El doctor Kilbery anda loco. ¡Ah, ahí viene!

El médico dejó paso, galantemente, a la muchacha, que se arrojó sobre la cama:

—¡Pobrecito Emmet! En qué estado te hallo —y dichas tales palabras aplicó sus labios a los del paciente, provocando con ello la envidia de Kilbery, quien luego hubo de soltar una exclamación muy poco acorde con su grado.

—¡Atiza! —y la estupefacción no le dejó proferir ninguna palabra más.

Emmet Warren se desperezó y abrió los ojos. Miró asombrado a su alrededor y luego sonrió al ver a la muchacha.

—¡Paula! ¿Qué haces aquí?

Ella le explicó todo lo ocurrido a partir del momento en que el taxi se estrellara contra la pared. Luego miró al médico.

—Está curado ya, ¿verdad?

—¿Acaso es usted una bruja? —inquirió el atónito galeno.

—Puede —contestó ella socarronamente, dirigiéndose a continuación al sabio—: Vístete. Te espero fuera.

—Pero… No sabemos si puede tener una recaída —protestó Kilbery.

—No la tendrá —contestó suavemente ella y, ya cerrando la puerta, porque Emmet tiraba a un lado de las sábanas, dijo—: No se olvide de firmar el alta, doc.

—Te acompañaré a tu casa —dijo ella—: Tengo que explicarte algo.

Una hora más tarde, los ojos de Emmet iban de los de la muchacha a los destrozados restos de su máquina y viceversa. No se atrevía a creer en el desastre.

—Toda una vida de trabajos —sollozó.

—No te apures. También tienes una vida por delante para reconstruirla. ¿O es que ya no te acuerdas de cómo se hace? Quizá pudiera yo ayudarte —sugirió ella, haciéndole volverse asombrado.

—¿Tú? —exclamó.

—Sí, yo… —y la muchacha titubeó, añadiendo al fin—: Soy licenciada en Tecnología. Si te convengo como ayudante —sonrió

deliciosamente, y esta vez no esquivó al abrazo de él, ni huyó sus labios de la dulce presión de los del hombre.

Extáticos, absortos en su amor, permanecieron unos cuantos minutos, sin hablar palabra, pero de repente el encanto fue roto por una voz destemplada.

—¡Caramba! ¿Trabajan para la televisión, amigos?

Como picados por un áspid, los dos enamorados deshicieron el abrazo.

—¡Malone! —exclamó Warren, sin dar crédito a sus ojos.

—Sí. El mismo —sonrió ferozmente el “gangster”, al propio tiempo que avanzaba hacia el científico—. Me enviaste a una época en la cual tratan muy mal a la gente. Pero ahora no me disgusta que me hayan devuelto a la mía.

Emmet cerró los puños:

—¿Qué es lo que desea usted? ¿Viajar de nuevo en el Tiempo? ¿No ve que la máquina está absolutamente destrozada?

Malone soltó una risotada:

—Nada de eso, amiguito. Me ofendería que me hicieras una proposición de tal calibre. Lo único que quiero es llevarme a la chica.

Palideció Warren, rugiendo:

—¡Eso sí que no lo toleraré…! —dijo, pero Malone sacó una pistola de amenazador aspecto, encañonándole firmemente.

—¡Quieto! ¡Quieto ahí o te acribillo! Tú no me importas nada, pero como estás con la muchacha te vendrás conmigo. ¡Andando!

Emmet miró, impotente, a Paula. No se atrevía a abalanzarse sobre el forajido, temeroso de que alguna de las balas hiriera a la joven, y, por otra parte, en la expresión de Malone veía la absoluta decisión de disparar al menor intento de oponerse a sus deseos.

Sin embargo, decidió hacer una última prueba. En el momento en que iba a pasar por delante del bandido, se volvió rápidamente hacia éste, pero Malone no se dejó coger desprevenido. Su mano hizo descender el cañón de la pistola, que golpeó con terrible fuerza el cráneo de Warren, quien se desplomó inerte. Malone miró el cuerpo caído, con una mueca de satisfacción. Luego se volvió, y apenas lo había hecho,

cuando soltó una tremenda palabrota.

—¡Kik! —llamó—: ¡Venid pronto! ¡La muchacha se ha escapado!

Los tres No Formas se materializaron rápidamente en torno suyo:

—Buscad por toda la casa. ¡Rápido! No hay otra salida que ésta.

Los tres visitantes de la Tierra se distribuyeron por las diferentes habitaciones del piso. Malone tenía razón. La joven debía hallarse aún en su interior, por lo que él se quedó vigilando atentamente la puerta de entrada. El domicilio del doctor se hallaba en uno de los pisos más altos de un rascacielos y no había escalera de escape para incendios. La huida era imposible.

Entre tanto, Paula, sabiendo que si no obraba rápidamente, su captura sería únicamente cuestión de segundos, se metió en la cocina, Hurgó rápidamente en busca de algo con qué combatir a aquellos fantasmagóricos seres, hallándolo al fin.

Se escondió tras la puerta. Cerró su mente a los tentáculos cerebrales de los No Formas, de modo que todas las emisiones de éstos se perdieron, sin hallar su blanco. Y, para su desgracia, Qjap y Tmer penetraron en aquel lugar.

Un cubo repleto de un líquido apestoso y maloliente voló por los aires, empapándolos materialmente. Aquellos dos seres se vieron completamente sorprendidos por la inesperada acción de la muchacha, quien continuó actuando, sin darles tiempo a reaccionar.

Algo rojo cruzó el espacio y cuando la cerilla encendida tomó contacto con los No Formas, éstos, y no por su voluntad, se convirtieron en una enorme llamarada. Profiriendo gritos de agonía, aterrorizados por aquella nueva clase de ataque, que jamás habían sufrido, dieron media vuelta en busca de1 Kik, su jefe, para que les ayudara a librarse de aquellas lenguas de fuego que los envolvía de pies a cabeza, destruyéndolos.

Malone no percibió los gritos de Qjap y Tmer, porque los emitían en una frecuencia ultrasónica, pero sí en cambio Kik se dio cuenta con toda claridad de la agonía porque estaban pasando sus dos compañeros. Ya tenían la mente demasiado obnubilada para que pudieran intentar una transformación eficaz contra el fuego que los consumía. Buscó un medio de atenuar aquella agonía, pero Malone fue más rápido y su pistola detonó dos veces, solamente dos, pero suficientes, sin embargo, para derribarlos al suelo, en el que se

consumieron, en medio de una terrible pestilencia.

—¡Ahora verás! —juró Malone—: Esa niña no se irá sin su merecido.

Cautamente, procurando no hacer el menor ruido con los pies, avanzó poco a poco por la casa, hasta que al fin un olor penetrante le indicó el lugar en que se hallaba la muchacha y penetró de un salto en la cocina.

Algo, silbando como una culebra, le saltó, serpenteante, al cuello, en el que se enroscó, al mismo tiempo que notaba que su cuerpo era presa de una serie de convulsivos estremecimientos, que no le privaron, sin embargo, del conocimiento.

—¡Kik! ¡Kik! —gritó, desesperado, sintiendo en todo su cuerpo los latigazos de la corriente eléctrica, en el instante en que su mano, sin obedecer a su voluntad, disparaba la pistola, estrellando las balas contra el techo.

Paula salió de la habitación, saltando por encima del cuerpo de Malone, en el mismo instante en que ocurrían dos cosas: una de ellas los estampidos de la pistola que hacía fuego, y otra la presencia de Kik, que le lanzó un dardo mental que, a no hallarse precavida la muchacha, allí mismo la hubiera fulminado. Pero no obstante, Kik tenía sus facultades psíquicas mucho más desarrolladas y fue cosa fácil para él derribar a la joven, facilitada su acción, además, por el hecho de que una de las balas, después de describir una trayectoria completamente caprichosa, surcaba el cráneo de Paula, derribándola por completo inconsciente.

Malone pudo por fin librarse del dogal eléctrico y, durante unos minutos jadeó. Luego habló con voz ronca, lleno de ira:

—¡Maldita...! ¡Me dan ganas de hacerla picadillo! —y apuntó con el arma el caído cuerpo de Paula, cuyos dorados cabellos aparecían ahora teñidos de rojo, esparciéndose por el suelo, pero le contuvo un gesto de Kik.

—¡No! —prohibió éste—. No hagas tal. Se acerca alguien.

Se endureció el rostro de Malone:

—Le haremos un buen recibimiento, no te preocupes. Tuve una buena idea al pediros que me buscarais una pistola.

—Nada de eso. No nos conviene escándalo alguno. Venid.

—¿Venid? ¿Quién? —inquirió atónito Malone.

Kik no le contestó. Le dolía hacerlo, pero no tenía otro remedio. Debía abandonar los restos de sus infortunados compañeros allí. Pero la misión que le había sido confiada no admitía sentimentalismos ni vacilaciones.

Tampoco podía atreverse a permanecer allí y combatir a los que se acercaban. Sus mentes eran también muy fuertes y no fáciles de abatir, aparte de que presentía traían armas mucho más potentes que la de su compañero Malone, y desconocidas por completo para él. Se transformó en una nube de espesísimo vapor que envolvió a Budd y a Paula. Luego, tomándolos entre sus impalpables dedos se los llevó consigo.

Smith y Jones penetraron en el domicilio del profesor Warren y estuvieron a punto de desmayarse al percibir el nauseabundo olor que salía de allí.

—¡Cielos, que aroma!

—No estaba incluido entre los peligros de nuestra misión —rio Jones —. ¿Qué será? exclamó curiosamente al ver dos montoncitos de pasta obscura y requemada que yacían en el suelo.

Pero inmediatamente su atención fue desviada por la exclamación de su compañero Smith que acababa de descubrir en la habitación frontera el cuerpo desmayado de Warren. Se arrodillaron ante él:

—Está vivo todavía —murmuró Smith.

—Sin conocimiento —corroboró Jones.

—Lo reanimaré —y antes de treinta segundos, Emmet tosía violentamente.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió cuando se le pasó el acceso.

—¿Dónde está la muchacha? — preguntó Jones.

—¿La muchacha? —repitió Warren con aire ausente, para luego levantarse de un salto. Sin preocuparse de aquellos dos hombres, recorrió todo el piso, para llegar a una desconsoladora conclusión.

—¡Ha desaparecido! —exclamó.

* * *

“De los Agentes de Precaución Smith y Jones,

al V. I. P.

Paradero desconocido del teniente Haggerthy.

Aguardamos instrucciones. Hemos encontrado restos de seres misteriosos, no pertenecientes a ninguna clase de los que pueblan actualmente la Tierra.

Firmado: Smith y Jones."

CAPÍTULO VII

—Y bien, ¿de qué forma vamos a comenzar nuestra campaña? —preguntó Kik.

Malone torció el gesto. Para él la vida no tenía más que un objetivo. Y lo expuso sin rodeos.

—Hubo un personaje de nuestra Historia que dijo que las guerras se ganan con tres cosas: oro, oro y oro. Eso es lo que nos hace falta a nosotros.

—Muy bien. Enséñame un billete. Te lo reproduciré cuantas veces quieras.

—¡Ca! —repuso Malone—.Ya me contaste lo que te pasó una vez que se te ocurrió hacer la faena. No. Prefiero la acción directa. ¡Vamos!

Ningún policía hubiera sabido reconocer a Malone en el atildado caballero que sacaba a pasear un hermoso perro de lanas, generalmente por la acera del Banco de Pennsylvania. Era aquel caballero una persona muy madrugadora. Tanto, que generalmente coincidía con la llegada del cajero, el señor Félix H. Ayelmer, y la cosa duró unos cuantos días.

—¿Te has empapado bien de sus gestos y actitudes? —preguntó Malone a Kik al cabo de la semana.

—Me han sobrado seis días —repuso despectivamente el No Forma.

—¡Adelante, pues!—contestó el “gangster”.

El cajero del Banco de Pennsylvania, señor Félix H. Aylmer, conducía su coche sin prisas. Salía siempre de su casa con el tiempo necesario para llegar a las ocho menos dos minutos a su trabajo y era un hombre muy amante de las leyes y de las instituciones, de modo que respetaba con toda escrupulosidad las señales del tránsito. Era metódico en todo, de modo que, después de su desayuno, se dirigió al garaje, abriendo la puertecita lateral con una llavecita del mismo manojo en la que llevaba la de la caja del Banco. Fue a introducirla en la cerradura, pero se dio cuenta de que por primera vez en muchos años había tenido un descuido imperdonable. Se la había dejado abierta la noche anterior.

Diciéndose cosas muy feas a sí mismo, como una especie de autocastigo, el señor Aylmer penetró en el garaje, pero apenas lo había hecho cuando sintió el contacto de algo duro contra sus riñones, y al mismo tiempo una voz, nada agradable, le dijo:

—¡Siéntese al volante y conduzca con cuidado! ¡Lamentaría mucho tener que agujerearle el pellejo!

Un súbito temblor se apoderó de las piernas de Félix Aylmer, quien sollozó:

—¡Por favor, no me maten! ¡Tengo esposa...!

—¡...y tres hijos! Ya lo sabemos —le interrumpieron—. Vivirá muchos años, si nos hace caso. ¡Andando! —y hubo de obedecer el asustado cajero, porque Malone, sin la menor pizca de educación, le empujó violentamente hacia adelante, con el cañón de su pistola.

Cuando el asustado cajero se sentó ante el volante, pudo apreciar que el hombre que tenía a su lado no era otro que el pulcro caballero en quien reparara los días anteriores, paseando al perro por la misma acera de su Banco. El perro estaba atrás y lanzó un sonoro ladrido, cuando el coche se puso en marcha.

Aylmer encendió una vez los faros delanteros, que impresionaron una célula fotoeléctrica, que abrió la puerta del garaje. Automáticamente se cerró ésta cuando hubo salido el coche y luego, su conductor, lo

dirigió hacia el lugar de su trabajo habitual.

Apenas el automóvil se halló en plena carretera, Malone ordenó:

—¡Kik, adelante! ¡Vacíale el cerebro a este idiota!

El señor Aylmer presintió algo horrible y quiso hacer algo para evitarlo, pero antes de que pudiera intentarlo siquiera, el perro saltó ágilmente sobre su hombro. Luego y ante sus asustados ojos, ocurrió algo increíble.

El perro comenzó a estirarse, perdiendo su forma animal. Como si de muy lejos tiraran de él, convirtiéndolo en una enorme hilacha de lana. Y al mismo tiempo, el cajero sintió un dolor lancinante en el cerebro, pareciéndole que se lo atravesaban con una barra de hierro candente. El dolor continuó en aumento hasta hacerle brotar las lágrimas, y luego, de repente, todo se borró ante su vista.

Aparentemente era el señor Aylmer el que entró en el Banco, repartiendo sus corteses y bien medidos saludos como todas las mañanas. Se descalzó los guantes, dejó el sombrero y el bastón sobre la mesa, y luego, eligiendo con cuidado la llave, procedió a abrir la caja, manipulando, como de costumbre, con decisión y seguridad hijas del inveterado hábito.

Giró la enorme puerta de la caja automáticamente apenas la última cifra de la combinación hubo sido marcada, y el cajero se dispuso a extraer el numerario. Los pagadores esperaban los billetes para empezar su cotidiana labor.

En lugar de ello, Aylmer hizo algo raro. Pues, tomando una serie de enormes fajos de billetes, todos ellos de escaso valor numerario, pero importante el conjunto a causa de su densidad, los echó en la cartera que ya llevaba preparada “ad-hoc”, y tomando luego el bastón y el sombrero, salió del Banco con paso seguro. Los pagadores esperaron en vano.

Una hora después, alarmados, ante la inexplicable ausencia del cajero, todos los funcionarios se dedicaron a buscarlo, hallándolo al fin plácidamente dormido en el interior de su coche. Hubo que sacudirlo con fuerza, para que el señor Aylmer recobrara el conocimiento.

Sus explicaciones no convencieron para nada a la policía. Era un cuento demasiado burdo el del perro que se había metido en su cerebro, arrebatándole la voluntad. Esas cosas no pasaban más que en las antiguas fábulas. Y, con harto desespero por su parte, el honorable

Félix H. Aylmer, que ya había perdido para siempre su honorabilidad, hubo de pasar a la cárcel en tanto se substanciaba el correspondiente proceso per sustracción de fondos pertenecientes al Banco por valor de doscientos cincuenta mil dólares.

Una semana más tarde se le juntó el cajero del Banco Federal de Arkansas, coincidiendo en un todo los detalles de su presunto robo con los del suyo propio, a excepción de una cosa: no había habido perro, sino un hermoso gato de Angora, que igualmente le había vaciado la mente. El todavía atónito cajero del Arkansas había perdido el recuerdo absoluto, al igual que Aylmer, de lo que le ocurriera durante una hora, la primera que habitualmente dedicaba a su trabajo. Doscientos veinte mil dólares se evaporaron esta vez.

Tres días más tarde, fue otro alto empleado de otro importante Banco el que dio con sus huesos en la celda vecina. Trescientos cinco mil dólares, de los confiados a su custodia, se habían convertido en humo.

Y ciento cuarenta mil una semana más tarde, del Banco de Nueva York. Doscientos ochenta y cinco mil del Primer Banco Federal. Cuatrocientos cincuenta y seis mil —el golpe más fructífero— volaron del Texas & Far West Bank. Trescientos noventa mil se evaporaron de las arcas del Canadian & American, con lo que, el número de cajeros que se habían sentido de pronto infieles, dejando de lado toda una vida llena de honradez, aumentó indefinidamente y, por las trazas, parecía no tener término.

* * *

Emmet Warren estaba desesperado. Pero desesperado en todo el amplio significado de la palabra. Hacía muchísimo tiempo que desapareciera la muchacha, sin dejar el menor rastro y, tan honda era su preocupación, que, salvo reparar los inevitables destrozos producidos por la explosión que le destruyera su máquina, no se había vuelto a acordar más de ella. Solamente el recuerdo de Paula estaba perennemente presente en su imaginación.

Sin pedir permiso, el teniente McBride penetró en el despacho de Emmet.

—¡Buenos días, profesor! —saludó, sentándose a su lado y ofreciéndole un cigarrillo que el dueño de la casa aceptó en silencio.

Con observar la cara del policía había tenido suficiente para saber que el paradero de Paula continuaba tan ignorado como la fecha exacta en que la Tierra comenzó a girar sobre su eje, en la noche de los tiempos.

—¿Tiene usted alguna idea de dónde se la pueden haber llevado Malone y sus cómplices? —preguntó, al cabo de cinco minutos de silencio, el detective.

—¿Cree que si la tuviera estaría aquí, sentado tan tranquilamente? —respondió con infinita amargura Emmet.

—Sí. Tiene usted razón —repuso McBride, aplastando el cigarrillo contra el cenicero—. Pero… me hubiera gustado ver a los dos hombres que ella mató, haciéndolos arder vivos. Debiera haber empleado otro procedimiento —sugirió—. De esta forma, ahora podríamos tener alguna pista.

—Es igual. Aunque los hubiera tenido en sus manos, ¿qué hubiera sacado en limpio de unos seres no nacidos en la Tierra?

Angus dio un bote en el asiento. Se quedó de pie, mirando a Warren. Por un momento pensó en que el científico había perdido el juicio, pero luego se dijo que las palabras habían sido pronunciadas con absoluta seriedad. No obstante, eran demasiado fuertes para ser creídas así como así.

Warren se levantó.

—Venga conmigo —dijo simplemente, y el policía, intrigado, obedeció, siguiéndolo a la habitación inmediata.

Era ésta un pequeño laboratorio, en uno de cuyos rincones había una cámara frigorífica corriente, del tipo de las de cocina. Emmet se dirigió hacia ella, abriéndola y extrayendo de su interior algo en un plato, que, a primera vista, hizo que McBride retrocediera un paso, lanzando un juramento en el que expresaba todo el horror que le inspiraba la sola visión de lo que allí había contenido.

—¿Qué es eso, profesor? —inquirió al fin, cuando se sintió con fuerzas para hablar.

—Teniente —empezó Emmet—, usted, por su profesión, habrá visto más de una vez el cuerpo de una persona abrasada en un incendio, ¿no es así?

—Cierto, pero…

—Entonces sabrá que, por muy carbonizada que esté esa persona, a no ser que haya sido introducida en un horno atómico, en cuyo caso no queda el menor rastro, siempre hay partes del organismo humano que resisten el fuego. Me refiero en el caso de un incendio corriente, claro está.

—Sí, desde luego —repuso McBride. Se echó el sombrero hacia atrás, no sabía a dónde iba a parar su interlocutor.

—Pues bien —siguió Warren—. Estos son los restos de los dos hombres que, en legítima defensa, como usted muy bien sabe…

—Nadie la acusará, descuide —interrumpió McBride, haciendo sonreír levemente a Emmet.

—…quemó Paula, Los he examinado cuidadosamente. Confieso que mi primera intención fue arrojarlos por el vertedero, pero luego la curiosidad me hizo investigarlos, lo cual me ha hecho llegar a una conclusión.

Emmet calló ante el silencio expectante del policía. Luego continuó:

—Toda la materia es inmutable en el Universo. Lo mismo en la Tierra que en Venus, que en cualquiera de las estrellas que pueblan el Firmamento, los elementos constitutivos son los mismos. El hierro, el níquel, el oxígeno, el carbono, el hidrógeno, son iguales en todas partes. Ahora bien, lo que puede variar es la disposición de los átomos y de las moléculas. Si lo que ve usted fueran los restos de un hombre, sus moléculas tendrían una composición determinada, como la tienen las suyas y las mías.

—Profesor, no entiendo ni jota, pero es igual, siga adelante —dijo.

—Los átomos y las moléculas, en nuestros organismos, se agrupan de una manera determinada, formando las células que son la base de nuestra organización física. No se pueden contar las que componen el cuerpo humano. Su número escapa prácticamente a la comprensión de la mente del hombre. Por lo tanto, suponiendo que estos restos perteneciesen a los de dos seres idénticos en constitución a nosotros, aquí debería haber billones de células, ¿no es así?

—Según lo pinta usted, sí, profesor.

—Pues bien —prosiguió éste—: He examinado estos restos carbonizados. En su interior había fragmentos menos quemados. Y, confieso que, en mi vida, y a pesar de no ser biólogo, me he llevado

una sorpresa tan enorme. ¡Los hombres que mató Paula no son terrestres!

—Ya me lo dijo antes, Warren —el policía se rascó una vez más la hirsuta cabellera—. Me gustaría saber cómo lo ha deducido usted. Si es cierto lo que dice, va a ser una noticia más sensacional aún que su descubrimiento de la máquina del Tiempo, ¡demonios!

—No me hable de cosas pasadas, por favor —pidió Emmet con amargura en su voz—. Pero, continuemos con lo nuestro. Aquí, en esta masa informe, apenas hay treinta y cinco o cuarenta mil células; según el análisis cuantitativo que hice. ¡Caramba! Si casi se podrían apreciar a simple vista, sin necesitar siquiera el microscopio.

—Eso quiere decir…

—Eso quiere decir, teniente, que tal constitución orgánica no pertenece a ninguna de las razas de ningún ser viviente de los que habitan el planeta. Fíjese bien que digo viviente, y por lo tanto incluyo en ello a los vegetales,

—Entonces, ¿que diablos eran esos seres? Si no son hombres, ni animales, ni plantas, ¿a qué familia pertenecen?

—Cuando pueda contestarle la pregunta, habremos andado el noventa por ciento del camino para hallar a Paula. Me pasa a mí lo mismo que a usted cuando se encuentra con un crimen cuyo autor es desconocido. Lo primero que hace es buscar los motivos, ¿no?

—Usted lo ha dicho, profesor.

—Pues cuando identifique a qué raza extraterrestre pertenecen aquellos hombre que —¡fíjese bien, McBride!— se materializaron repentinamente sin saber de dónde procedían cuando Malone les llamó, sabremos dónde se halla la muchacha. Por cierto que…

Warren se interrumpió, quedándose unos instantes en meditativa postura. El detective respetó su silencio, y de pronto el científico comenzó a hablar excitadamente.

—¿Recuerda usted, McBride, que el golpe que recibí yo cuando el taxi se estrelló contra la casa no tenía ninguna importancia? El chófer recibió uno análogo y a los diez minutos se hallaba tan campante.

—En cambio a usted costó Dios y ayuda hacerle volver en sí. Los médicos dijeron que ya no sabían qué procedimiento emplear.

Warren continuó:

—Recuerdo que, cuando perdí el conocimiento, muy vagamente, desde luego, Paula se inclinó sobre mí, besándome. Luego, le bastó volver a repetir el gesto para devolverme a la normalidad como si nada me hubiera ocurrido. El médico de guardia se quedó estupefacto.

—¡Caramba! Pues sí que es verdad. ¿Acaso pertenecerá la muchacha a esa raza que no es de nuestro mundo?

Se estremeció horrorizado Emmet ante el solo pensamiento de lo que acababa de sugerirle McBride, respecto de Paula.

—No lo creo —exclamó finalmente—. Pero sí quiero hacerle constar una cosa. Yo no lo vi, porque nuestro coche aún se hallaba lejos de donde ocurrió el barullo. Usted me lo ha contado más de una vez. El detective que vigilaba a los tres supuestos falsificadores declara que éstos se convirtieron de repente en una espesa nube de humo, que envolvió por completo a Malone, permitiéndole la huida.

—¡Atiza! No había caído en ello —exclamó sinceramente Angus —. Y luego están las declaraciones del gerente y del portero de la boite, que dicen algo muy parecido. —McBride frunció el ceño, al proseguir—. Sólo nos faltaba eso: que Malone se hubiera aliado con tales seres misteriosos.

—Recuerde que solamente queda uno. Eran tres, no lo olvide. Dos murieron a manos de Paula.

—Lo cual demuestra que la muchacha y esos seres son absolutamente irreconciliables.

—Y el superviviente, en unión de Malone, se la ha llevado sabe Dios dónde.

En aquel momento, y antes de que el detective tomara de nuevo la palabra, sonó el zumbador del visoteléfono, instalado en la vecina estancia,

—Deje, yo iré —sugirió Angus. Warren devolvió al frigorífico el plato con los escasos restos de Qjap y Tmer, y siguió al detective. La llamada era para éste.

—¿Cómo? ¿Qué dices, Joe?

—Lo que oye. El cajero número equis, el del New York & London

ahora.

—¿Cuánto? —preguntó simplemente McBride.

—Ciento ochenta. Los mismos síntomas de costumbre.

—¿Sí? —gruñó ácidamente el policía—. Y, ¿qué animal vació el cerebro del cajero?

—Un papagayo brasileño.

—¡Un papa...! ¡Joe, no digas estupideces! —aulló el furibundo policía, que comenzaba a perder los estribos.

—Sí, al menos eso dijo el cajero, teniente.

—Está bien —gruñó McBride—. Ahora mismo voy para allí, Joe.

Pero Warren le puso una mano en el hombro, mirándole fijamente:

—Escuche un instante, Mac. ¿Se ha dado cuenta, al fin y al cabo he leído los periódicos, de que todos los robos de Bancos de las últimas semanas han sido idénticos?

—Sí, pero, ¿tengo yo la culpa de que los cajeros sientan de repente apetencias monetarias?

—Los tres falsificadores se convirtieron de repente en humo —dijo—, como para sí Warren, y Angus lo miró sin saber dónde quería ir a parar. Emmet continuó—: Unas veces ha sido el caballero acompañado de un perro; en otra ocasión llevaba un gato de Angora; en esta última era un papagayo, y todos los anímales se metieron dentro del cerebro del cajero, que luego resultó ser el ladrón.

—¿Adonde va usted a parar, Warren? —preguntó McBride, sin comprender las frases de su interlocutor.

—Había tres seres que no eran de nuestro planeta. Dos murieron. Queda uno: el perro, el gato, el papagayo, o la forma que se le antoje tomar, en el momento que lo crea oportuno.

—Sí, pero, ¿y el caballero acompañante?

—Vigile los Bancos y tendrá a Budd Malone en sus manos, teniente —repuso con firmeza Emmet.

McBride miró asombrado primeramente a Warren. Luego la luz se hizo

en su mente, y no perdió mucho tiempo en salir de allí, acompañado por Emmet. Mientras caminaban, forjaban un plan.

* * *

“Mensaje Urgente.

De la No Forma 50 Mil Veces Inferior Kik

a la

No Forma Máxima.

Muertos mis compañeros Qjap y Tmer en desgraciado incidente, heme visto obligado a tomar ayudante terrestre para mejor cumplimiento de la misión asignada. Solicito humildemente autorización para llevar a cabo Operación Prevista para Auxiliares Eventuales.

Grabado: Kik, No Forma 50 Mil Veces inferior.”

* * *

“Mensaje Normal.

De los Agentes de Precaución

Smith y Jones a la

V. I. P.

Paradero teniente Haggerthy continúa desconocido. Opinamos respetuosamente convendría ponemos en contacto con profesor Emmet Warren y colaborar en pesquisas, ayudándole así a eliminar la amenaza que pesa sobre la Historia,

Firmado: Smith y Jones.”

Las dos respuestas fueron afirmativas.

CAPÍTULO VIII

El teniente Angus McBride, en unión de Emmet Warren, examinaba pensativamente un gran plano mural de la ciudad, en el que, en círculos rojos bien visibles, estaban marcados los Bancos cuyos cajeros se habían sentido repentinamente infieles, abandonando toda una vida de honradez. Luego, dándose cuenta de que aquella serie de círculos formaban a su vez otro mucho mayor, pero uno de cuyos lados estaba aún sin cerrar, musitó pensativamente: —Consciente o inconscientemente, ese Malone, ayudado por el fantasma de otro mundo —decía el detective —, está siguiendo una trayectoria casi perfecta. Si se fija usted, Warren, es una circunferencia no completada aún.

McBride tomó un lápiz rojo y unió los dos extremos de aquella curva, cerrándola. Luego, continuó: —Mi opinión es que uno de estos días un Banco de los aquí situados va a ser asaltado por su propio cajero, al que luego, naturalmente, hemos de meter en la cárcel, acusado de algo que no ha cometido propiamente.

—Estoy de acuerdo con usted, McBride —afirmó Emmet, y el policía sonrió, al mismo tiempo que se inclinaba sobre el comunicador.

—Que venga Still —dijo, y aguardó encendiendo un cigarrillo que le alargó el profesor.

Pero Still no vino solo, sino acompañado de otro hombre que le precedía y que hizo que McBride adoptara una postura más respetuosa, bajándose de la esquina de la mesa en que se había sentado.

—Buenos días, señor Ridway —saludó con visible deferencia—. Le presento al profesor Emmet Warren, quien incidentalmente se ha convertido en mi voluntario ayudante. Profesor, el jefe de Policía de Nueva York.

—Encantado, Warren. Oí hablar mucho de usted. Maravilloso invento su máquina. ¡Lástima que un loco la destruyera! Pero vamos al grano

—y al decir estas últimas palabras miró investigadoramente a McBride, diciéndole—. Han llegado hasta mí alguno de los rumores que usted ha propalado. ¿Qué barbaridad es esa de que Malone está ayudado por seres de otro mundo, McBride?

—Eso quisiera yo, señor, que fueran barbaridades. Pero si se ha fijado en todos los robos de los cajeros, las características en que se han producido son absolutamente idénticas en todos ellos —repuso serenamente el teniente.

—Sí. En eso estamos de acuerdo —repuso Ridway.

—Por ello mandé llamar a Still —dijo Angus, quien se volvió hacia el otro—: Still, si se fija en el círculo que he completado, desígneme los Bancos que hay en la raya trazada.

—¿Por qué dice eso, McBride? —inquirió Ridway.

—Porque en esa raya están situados los próximos Bancos cuyos cajeros van a sentir veleidades monetarias, señor —contestó Angus rotundamente.

—McBride, usted es un hombre que vale —Ridway miró fijamente a su subordinado—: Deje la Comisaría. Véngase a Jefatura y dirija la operación. El profesor puede continuar colaborando con usted —y el Jefe se alejó meneando la cabeza pesarosamente—: ¡Hombres de otro mundo...! —murmuró en tanto que cerraba la puerta tras sí.

Angus McBride miró con alegre expresión al profesor:

—¡Ahora sí que vamos a encontrar a su chica, Warren! ¡Vámonos...! No podemos perder ni un segundo de tiempo más.

Y ya estaban a punto de salir, cuando se volvió:

—¡Still! ¡Mándeme a Jefatura la relación de Bancos que piensan asaltar en las próximas semanas!

—Sí, señor — contestó el funcionario, aplicándose a la tarea.

* * *

Budd Malone contempló con íntima alegría el enorme montón de

billetes de Banco que tenía en aquel cajón ante sí. Se frotó las manos exclamando:

—¡Como siga un mes la racha, me voy a forrar! —pero de su ensueño de riqueza le sacó la mano de Kik, convertido en un ciudadano corriente y moliente, que le dijo:

—Recuerda que tienes que ayudarme en una misión concreta. No creo que el robar Bancos forme parte de la labor.

—¿Qué quieres que haga, Kik? —preguntó con aspereza el "gangster". Le sabía mal que desviaran su atención del dinero.

—Necesito más información sobre la vida en la Tierra. Para saber vuestro sistema Bancario ya tenemos de sobra con lo que hemos hecho. Y por otra parte, ello no nos interesa en lo más mínimo a los No Formas. Allí no hay cosas de éstas.

—¿Qué quieres saber, pues, Kik?

—Asuntos militares. Fuerzas de defensa y ataque, todas esas cosas que pueden hacernos daño en el momento de la invasión y demás. Centrales atómicas, redes detectoras, en fin, para qué seguir más. Tú lo sabes mejor que yo.

Malone se quedó pensativo un momento. Luego dijo:

—Yo no puedo andar por ahí preguntando a la gente. Me echarían el guante antes de que diera una docena de pasos.

—Ya he previsto la dificultad. ¿Quieres convertirte en uno de nosotros?

Durante unos segundos el forajido no entendió la propuesta de Kik. Al fin la luz entró en su cerebro:

—¿Quieres decir…? ¿Que pueda variar de Forma cómo tú, con el solo deseo de mi voluntad? —Malone estaba excitadísimo al decir estas palabras.

Kik bajó la cabeza y la volvió a subir, en mudo, pero con significativo gesto. Malone se sumió en sus pensamientos, que no podían ser más agradables. ¡Caramba! Aquello sí que le pondría en condiciones de ser el amo del Planeta. Y mucho más cuando viniese el resto de los No Formas. Sabría una infinidad de cosas que ellos ignorarían. Seguramente lo harían su jefe y… La perspectiva, no teniéndose que

sentar en la silla eléctrica no podía ser más agradable,

—Acepto —dijo al fin—, pero con una condición, Kik. Os Interesa ganar todo el tiempo posible, ¿no es así?

—Desde luego.

—Demos un par de golpes buenos. Yo puedo seguir teniendo la forma de Malone, mientras me convenga, pero no me puedo multiplicar y estar en cincuenta sitios diferentes a la vez. Necesitaré colaboradores de toda mi confianza. Y eso, querido Kik, cuesta dinero. Para "liquidar" un fulano me bastan cincuenta dólares. Para hacer el espionaje que a ti te interesa no son suficientes los que tenemos. Los tipos que contrate querrán más. Muchísimo más, y habrá que pagarles por adelantado. ¿Entiendes?

Kik se encogió de hombros:

—Bueno, al fin y al cabo, tú conoces las costumbres terrestres mucho mejor que yo. Obra como te parezca.

—De acuerdo, Kik. Y, ¿qué hay de esa transformación de Budd Malone en un No Forma?

Kik asintió. Comenzó a trabajar.

* * *

Como todas las mañanas, el cajero del "Los Angeles & California Bank" se dispuso a abrir la enorme caja, repleta del techo al suelo de crujientes billetes de todas las denominaciones. Hízolo, según costumbre, y luego, sin tanta costumbre, comenzó a arramblar dólares y más dólares al fondo de la enorme cartera negra de que se había provisto. Pero, cuando ya tenía casi llena la cartera, alguien se le presentó inopinadamente. El Honorable Phibbs Connor, Director de la Sucursal, que lo miró reprobadoramente por encima de sus gafas.

—Señor Doyle, jamás hubiera creído eso de usted.

Tampoco hubiera creído Connor que Doyle pudiera obrar de la manera que lo hizo. El cajero era un hombre menudito, de pasos pequeños y delicado aspecto. Pero el puñetazo que le largó a su jefe lo

hubiera podido firmar el Joe Louis de sus mejores tiempos sin el menor reparo. El señor Connor no opuso ninguno a que Doyle concluyera de llenar la cartera y, cerrándola con todo cuidado, lo abandonara allí, sin sentido, como si le hubieran dado en la mandíbula con un rail ferroviario, en lugar de un puño que en su vida había manejado otra cosa que la pluma y el puñado de llaves de que había sido depositario.

Pero los demás empleados del Banco ya estaban advertidos, por lo que intentaron arrojarse sobre Doyle, quien, fríamente, sin el menor temblor en su pulso, extrajo una enorme pistola de su bolsillo y comenzó a disparar con una puntería digna de Buffalo Bill. El resultado fue que tres o cuatro empleados cayeron, definitivamente muertos, en tanto que los demás emprendían precipitada huida, en medio de un ensordecedor griterío.

—¡Ya está ahí! —gritó McBride, al oír los disparos y, seguido por Warren y tres o cuatro de sus hombres, salió fuera de la habitación que les habla sido asignada, en el momento justo en que el infiel y asesino cajero estaba a punto de ganar la puerta. Y no vaciló en dar la orden:

—¡Fuego!

Tres o cuatro bocas de fuego rugieron, enviando torrentes de plomo hacia el desgraciado Doyle que ya se hallaba en mitad del vano de la puerta. Se agitó, retorciéndose sobre sí mismo, envuelto en los dedos mortíferos de aquel huracán de muerte y luego, sin lanzar un grito, empujado por las balas, cayó hacia adelante, manchando de rojo los escalones de mármol que daban acceso al Banco. Soltó la cartera repleta, que resbaló por encima de la sangre, hasta la acera, y quedó inmóvil, con los brazos y las piernas extendidas en trágica aspa.

—¡La cartera! —aulló el teniente, echando a correr hacia ella, pero sin lograr recuperarla, porque una espesísima niebla cubrió aquel lugar durante un par de segundos.

Valientemente, McBride y Warren se metieron en el centro de aquel humo, disparando a diestro y siniestro, completamente al albur, sus armas, agitando el otro brazo con frenético desespero, provocando el espanto y confusión más absoluto en las calles. Pero, de repente, aquella niebla se disipó y cuando la claridad volvió a los consternados Angus y Emmet, la cartera había desaparecido como si jamás hubiera existido.

Dejando a un lado el jaleo que había en el interior del local bancario, los dos se inclinaron sobre el cadáver del cajero. Un breve examen bastó para que Warren emitiera su dictamen.

—Es el auténtico, McBride.

El policía soltó una maldición:

—Nos la han dado con queso en nuestras propias narices. Y, por si fuera poco, nos ha hecho matar a un tipo inocente. Me veo en la cárcel —se desesperó Angus.

—No lo creo así —trató Warren de consolarlo—: Oficialmente, el cajero era culpable, de modo que usted y sus hombres serán exonerados sin duda alguna.

—Sí, pero ¿y la cartera? Ahora sí que se ha hecho verdad la frase tan manida de que voló sin dejar rastro —y el irritadísimo teniente de detectives volvió a lanzar otra maldición intranscribible.

Abandonaron aquel lugar, pensativos, después de las primeras y sumarias diligencias. McBride tenía que dar cuenta al jefe de lo sucedido, y no las tenía todas consigo. Llevaba a su lado a Warren y, en tanto que conducía, soliloquiaba consigo mismo.

Metido en sus pensamientos, Angus no se dio cuenta de que un coche, perdida evidentemente la dirección, se precipitaba a toda velocidad sobre el suyo, y solamente la enérgica y velocísima acción de Emmet les salvó la vida.

Dio un tironazo al volante, al mismo tiempo que su pie izquierdo se posaba sobre el que llevaba el teniente encima del acelerador. El coche giró violentísimamente, al mismo tiempo que daba un salto hacia delante, aumentada su velocidad de un modo repentino y, en cuanto Warren vio salvado el peligro, devolvió de nuevo los mandos a McBride, que protestó:

—¡Eh, Warren! ¿Qué diablos está haciendo usted?

Pero no recibió contestación, porque, en aquel momento le interrumpió el tremendo ruido que hizo el coche desmandado al chocar contra la pared del edificio más próximo. McBride aplicó los frenos a fondo, comprendiendo y arrojándose del automóvil.

—¡Ahora va a ver ese tipo! —juró.

Pero Warren lo contuvo:

—No hará nada, Angus. ¿Cree que ese infeliz conductor ha obrado por su propia voluntad?

McBride miró el montón de chatarra, del que ya extraían unos restos ensangrentados, y luego a su interlocutor:

—Creo que tiene usted razón, Emmet. ¡Vamos!

Prosiguieron su camino, dejando que los guardias se ocuparan del accidente, y ya se habían detenido ante la puerta de Jefatura, cuando Emmet, hasta entonces silencioso, agarró por el brazo al detective, que lo miró sorprendido:

—¿Qué tripa se le ha roto ahora, Warren?

—Se me acaba de ocurrir una idea. Una idea, con la que quizá logremos contener la racha de robos.

—¿Sí? —preguntó el detective súbitamente interesado—. Y, ¿a qué espera para desembuchar, Warren?

Sonrió éste y luego habló durante largo rato. A medida que iba hablando se animaba el rostro del policía, que concluyó por adoptar una expresión radiante.

—¡Cielos! ¡Qué idiotas hemos sido! ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes? Vamos a ver al jefe. Hay que contarle su plan, profesor.

Aquella noche, Emmet estaba tranquilamente en su casa, cuando oyó zumbar el llamador de la puerta. Precavido, dispuesto a todo, sabiendo que tenía que habérselas con dos peligrosísimos enemigos, salió fuera, empuñando la automática de que había sido provisto por McBride.

Dos hombres se dibujaron en la puerta. De aspecto corriente, pero muy parecido físicamente entre si, sin dar, no obstante, la impresión de que eran hermanos. Los reconoció al momento.

—¿Nos permite, señor Warren? —preguntó uno de ellos, sonriendo luego al ver la pistola—. Puede guardarse el artefacto. Somos de confianza.

—Cosa que está por ver todavía —repuso Emmet suspicazmente, mirando con desconfianza a los recién llegados—: Pasen, pero les

advierto que tengo el dedo fácil —y se estremeció al tirarse el "bluff".

Los dos hombres entraron y Emmet cerró la puerta, apoyándose en ella con la espalda, sin dejar de encañonarlos. Pero ellos no perdieron en ningún momento la sonrisa.

—Me llamo Smith. Mi compañero —lo indicó con un movimiento de cabeza— atiende por Jones.

—¡No me digan! —se burló Warren—: Y si hubiera un tercero se llamaría O'Hara, ¿no?

Smith se armó de paciencia.

—Es lógico que usted no nos crea, señor Warren. Sabemos perfectamente todo lo que ocurre, pero también hemos de decirle que venimos, sinceramente, a ayudarle.

—¿Ayudarme? ¿A qué, señor Smith?

—Usted conoce a una chica muy guapa, llamada Paula Hagg, ¿no es así?

El cuerpo de Warren se envaró al oír las anteriores palabras. Recordaba constantemente a la muchacha, pero jamás hubiera supuesto que nadie viniera de la calle a hablarle de ella. Y he aquí que, de repente, aquellos dos desconocidos...

—¿Y bien? —preguntó secamente—: ¿Qué ocurre con que yo la conozca?

—Señor Warren, usted construyó una máquina del Tiempo. En determinado lugar se consideró esa máquina como algo peligroso y todavía no apto para el uso de la mente humana, aun con insalvables prejuicios debidos a milenios de supersticiones. Por ello se decidió, en dicho lugar, enviar un agente a destruirla y borrar todo su recuerdo de su cerebro, profesor.

Emmet había ofrecido ya asiento a sus visitantes y él mismo los había invitado, pero se levantó al oír hablar a Smith.

—¿Quiere decir que...? —no concluyó la frase, pero Smith inclinó la cabeza afirmativamente.

—Eso es, señor Warren. Lo que usted piensa ahora es la pura verdad.

—Luego, entonces, ¡ustedes no pertenecen a mi Tiempo...! Ahora se

encuentran en su Pasado —Warren no salía de su estupefacción.

—Cierto, profesor —terció Jones—: Y tenemos la misión de hallar a la muchacha. Hemos de devolverla a su época.

—¡Fue ella…! —dijo Emmet, apesadumbrado, hundiendo la cabeza entre sus manos. No acababa de creerlo. Lo había embaucado. Le había fingido amor, y todo para destruir su máquina que tantos y tantos sudores le había costado, cumpliendo unas órdenes que alguien, en el Futuro le había dado.

—Compréndalo, profesor —trató Smith de consolarlo—: Todavía la Humanidad no está lo suficientemente madura para usar la máquina del Tiempo. Y si no, recuérdelo usted. El primer hombre que viajó hacia adelante fue un asesino de la peor especie. Un asesino que ahora está campando por sus respetos.

—¿También ustedes saben lo que ocurre? —Emmet continuaba atónito.

—La deducción es fácil —repuso cautamente Jones.

—Queremos ayudarle, profesor —dijo Smith—: Ayudándole a hallar a Malone y cortar su carrera criminal, conseguiremos dos objetivos: el primero hallar a la chica. El segundo impedir que la Historia sufra una total transformación.

—No lo comprendo —se sinceró Emmet.

—Es fácil. Si esos seres extra planetarios consiguen asentarse en la Tierra, todo cambiará de aquí en adelante. Los primeros intentos les han salido admirablemente. ¿Quién puede decirnos que no tienen más naves en camino? Naves cargadas de seres absolutamente desconocidos para nosotros, de cuya fuerza ya hemos tenido una ligera idea y que, al saberlo, ha originado que Paula haya sido capturada.

Emmet iba a contestar afirmativamente, pero en aquel momento zumbó el visoteléfono. Dio el contacto y en la pantalla apareció el excitadísimo rostro del policía.

—¡Aprisa, Warren! ¡Véngase a Jefatura inmediatamente! ¡Hemos apresado a un compinche de Malone!

CAPÍTULO IX

Budd Malone se sentía exultante, alegre, inmensamente feliz en su nuevo estado de No Forma y, aunque de buena gana hubiera mandado todo al diablo, había contraído un compromiso con Kik, que debía respetar. No porque sintiera mucho escrúpulo por violar la palabra dada, sino porque sentía un respeto infinito por aquel ser que le había comunicado sus mismas propiedades e, instintivamente, había algo en su interior que no se podía bromear con Kik. En una palabra, temía la reacción del No Forma si, olvidando su compromiso se lanzaba a vivir una vida fácil, libre ya por completo de la amenaza de la silla eléctrica. En vista de ello, y adoptando el tono más truculento que le fue posible, miró a la veintena de rostros de todos los calibres, seleccionados de entre lo peorcito del hampa neoyorquina, a quienes, con súbitas apariciones a su lado y promesas de fácil y abundante dinero, había reunido para el objetivo que, juntamente con Kik, se proponía llevar a cabo. Y esperó la reacción de sus oyentes, después de que hubo hablado largo y tendido.

—Muy bien —dijo uno de ellos—: Nos parece estupendo. La cosa no tiene malicia, Aparte de que se trata de penetrar en los arsenales atómicos, los sistemas colectivos de radar y demás zarandajas, ¿dónde y cuándo? —y al decir esto frotó singularmente el pulgar y el índice.

Malone rio sonoramente:

—¿Crees que no tengo todo previsto?

Se volvió y abrió una caja que tenía a sus espaldas, depositándola luego en el centro de la estancia, a cuya sola visión la veintena de forajidos exhaló una colectiva y unánime exclamación. Budd sonrió satisfecho:

—¿Cuánto crees que valen tus servicios, Toppy? —preguntó al que había hablado, como en representación de los demás.

Vaciló el interpelado. Tragó saliva y luego miró en torno suyo. Acostumbrado a cosas de poca monta, el ingente montón de billetes le hacía sudar abundantemente. Titubeó, balbuciendo al fin:

—Yo... yo... pues creo... Unos diez mil... ¿O es mucho, Budd? —preguntó luego, temeroso de haberse resbalado en el precio.

—¿Diez mil? —la carcajada del forajido atronó la estancia—: En poco te valoras, hermano. Me puedo permitir el lujo de ser mucho más generoso. Toma hasta setenta y cinco. Y si no te parece suficiente, avisa.

Media hora más tarde Malone miraba el cajón casi vacío, y su expresión era de intensa melancolía. Pero luego reaccionó y se dirigió a Kik, silencioso hasta entonces.

—Tendremos que dar otro golpe. No queda nada para un imprevisto que pueda presentársenos, Kik. Y, a propósito, me gustarla echar un vistazo a la chica. Quiero ver qué tal sigue.

Malone había confiado en que el dinero haría más avispados a sus hombres, pero no calculó bien más que en un noventa y cinco por ciento, ya que el cinco restante, o sea uno de aquellos veinte, se sintió súbitamente atacado de manía de grandeza, al verse en el bolsillo una fortuna como no había soñado poseerla en su vida, por lo que empezó a derrochar el dinero, hasta que se hizo altamente sospechoso y, lógicamente, hubo de dar con sus huesos en un calabozo. Los primeros interrogatorios lo “ablandaron” con rapidez, pero cuando mencionó a Budd Malone, el oficial de policía que lo tenía a su cargo, llamó inmediatamente a McBride, a quien sabía encargado del caso. Y éste, a su vez, no dudó en avisar a Warren, quien se presentó allí, acompañado de Smith y Jones.

Torció Angus el gesto al ver a los dos hombres que se traía el sabio, pero se calmó cuando éste le dijo que eran sus ayudantes.

—Vengan por aquí. Verán al compinche de Malone.

Que no era otro que el tal Toddy, todavía no repuesto de la impresión que le hiciera verse dueño de tanto dinero y perderlo tan rápidamente como se hiciera su propietario.

—¿Qué le parece, Warren? ¿Ha visto algo parecido? Fuera del Zoo, naturalmente —ironizó el teniente.

—¡Hum! ¿Ha dicho algo de interés?

—No. Nada que no nos hayamos supuesto. A lo único que se niega a responder es al paradero de Malone. Pero procuraremos convencerle. Una buena dosis de pentotal sódico le hará hablar en menos que canta un gallo.

Toddy se revolvió en su asiento, inquieto. No le gustaba aquello. Pero

menos le gustaba una posible represalia de Budd, así es que apretó los labios, dispuesto a no hablar en tanto le fuera posible. McBride rio irónicamente.

—Resistente, ¿eh? Ahora verás —dijo, y ya iba a tocar el pulsador, cuando le detuvo un gesto de Smith:

—No es preciso, teniente. Déjeme a mí —pidió, y Angus obedeció.

Durante un momento permanecieron todos en silencio. Apenas si duró el intervalo un par de minutos, pero fue suficiente para Smith, quien exclamó:

—Ya sabemos todo lo que teníamos que saber. Nos es conocido el escondite de Malone y de la chica, como asimismo los proyectos de aquél. ¿Sabe, teniente, que ha distribuido diecinueve tipos más como éste, todos forrados de dinero, haciendo el espionaje en gran escala?

La noticia causó sensación. Smith prosiguió:

—No se esfuerce en preguntar a Toddy nada más, teniente. Sin querer, me ha dicho todo lo que sabe.

Con la sola excepción de Jones, todos los presentes miraron atónitos a Smith, quien sonrió, aclarando el misterio:

—Lancé una sonda mental al cerebro de Toddy. Sencillo, por lo menos para nosotros dos. Ustedes andan aún algo atrasados en este sentido.

Nuevamente las palabras del agente de Precaución causaron asombro en su auditorio, pero McBride se dijo que ya sabría algo más adelante:

—¡Guardadme a Toddy con siete llaves! —dijo a los policías—: Que no vea a nadie. Ni a su abogado siquiera. Si viene algún picapleitos, decidle que se murió de un ataque al corazón, y nosotros, a liberar la chica y darle a Malone para el pelo.

El aludido se hallaba en aquellos momentos hablando con Paula, a quien las largas semanas de prolongado encierro no habían hecho perder un ápice de su belleza. Había intentado evadirse de allí, apelando a todos los medios, incluso el de violar la mente de Malone, pero la primera vez que ocurrió tal cosa, el "gangster", dándose cuenta de que algo anormal le iba a suceder, llamó a Kik en su auxilio, y la intervención del No Forma fue decisiva.

Ya no quedaba el menor rastro de la herida que sufriera la muchacha

y que le hizo perder el conocimiento. Estaba sentada y continuó en la misma postura cuando se abrió la puerta del sótano en que Malone la tenía encerrada.

—¿Qué? —inquirió—: ¿Todavía tan orgullosa? ¿Cuándo te vas a querer convencer de que unirte a mí es lo más conveniente que puedes hacer?

Paula continuó callada, dándole como respuesta únicamente su desdeñoso silencio. Pero Malone no se dio por ofendido.

—Eres un peligroso enemigo para mí, Paula, y yo lo sé. Por eso te propongo una vez más nuestra alianza. A pesar de mi nuevo poder, carezco de muchos de los conocimientos que tú posees. Tú y yo, unidos, dominaríamos al mundo. Nadie podría resistirnos. Te convertiría en una No Forma como yo. Fundaríamos una nueva estirpe.

Mas la muchacha permanecía en silencio, por lo que Budd, irritado, dio una violenta patada en el suelo.

—¿No quieres? Pues estarás encerrada hasta que aceptes mi proposición o... —Malone sonrió torcidamente, interrumpiéndose un segundo y continuando— o busque una chica más complaciente que tú. Te digo que...

El “gangster” hizo un alto en su monólogo. Sin poderlo evitar, Paula había dejado que una expresión de alegría le iluminara el rostro. Acababa de captar el dardo mental que la lanzara Smith, ya muy cerca de allí, y su gesto no cesó de alarmar a Malone que, provisto de los nuevos poderes que le otorgara Kik, sondeó rápidamente el cerebro de Paula, encontrándose con una desagradable sorpresa.

—¡Kik! ¡Kik! —llamó, y el No Forma se personalizó inmediatamente. Malone no le dejó hablar

—¡Vienen los amigos de Paula hacia aquí! ¡Conviene que nos larguemos inmediatamente.

Cuando Warren y sus compañeros llegaron al lugar indicado por Toddy, se encontraron con una desagradable sorpresa. ¡La jaula estaba vacía! Y Emmet estuvo a punto de sollozar, al ver desaparecida de nuevo a la muchacha a quien tanto amaba, y esta vez sin el menor indicio que pudiera servirles de base para una segunda búsqueda.

—Está bien —gruñó McBride—: Solamente nos queda disponer un

buen servicio de vigilancia en todos los Bancos. Con la cantidad de dinero que ha repartido ese tipo, ha debido agotar su capital. No tardará, pues, en dar otro golpe.

Las previsiones de Angus no podían ser más acertadas, y así, una buena mañana, desconfiando ya de que ocurriera algo, juntamente con Warren y los dos amigos de Paula, aburridos, pensando en que sus previsiones habían sido quizá demasiado optimistas, se hallaban en el "National City Bank", aguardando algo que ya dudaban mucho que se produjera, al menos aquel día, aunque, por hallarse el Banco en la línea imaginaria trazada por Angus, en su fuero íntimo no perdían la esperanza totalmente.

El detective alargaba una cerilla encendida hacia Warren, dándole lumbre para su cigarrillo. Smith y Jones lo habían rechazado con una mueca tal de disgusto que Emmet no había podido por menos de sonreír. Pero no pudo aspirar la primera inhalación de humo.

El timbre de alarma restalló, vibrando enérgicamente, sacudiendo a todos los presentes como si la corriente eléctrica circulara por sus cuerpos.

Warren tiró el cigarrillo, y Angas soltó una maldición. Echaron a correr, saliendo al amplio vestíbulo del edificio, repleto de gente que se arremolinaba, ignorante de lo que pasaba, visiblemente alarmados todos.

—¡Allá va! —gritó alguien, viendo a un hombre correr a toda la velocidad que le permitían sus piernas, portando una abultada cartera en sus manos. Algunos de los policías sacaron sus armas a relucir.

—¡Quietos! ¡No disparéis! —gritó McBride, deteniéndoles la acción. Le interesaba vivo el cajero y temía que, a pesar de sus instrucciones, repetidas hasta la saciedad, sus hombres perdieran el control de sí mismos e hicieran fuego sobre una víctima inocente, que en aquellos momentos no era sino un cuerpo desprovisto de su alma.

Corriendo a toda velocidad, llegaren hasta muy cerca del cajero, que también caminaba lo suyo. La enorme puerta de bronces y rejas se estaba deslizando ya, pero estaba visto que el ladrón lograría franquear la barrera antes de que fuera tarde para él.

Angus miró hacia arriba, en un lugar situado encima de la puerta y en el que se hallaban dos de sus hombres, que tenían algo en sus manos. Hízoles una señal afirmativa con la cabeza, y en el mismo instante los dos policías dejaron caer algo sobre la cabeza del fugitivo.

El hombre perdió el equilibrio y cayó al suelo, revolcándose con espantosas convulsiones, en medio de espumarajos de rabia y atroces juramentos, pero la red que lo envolvía totalmente era un medio más que eficaz y, por más que lo intentó, no logró desasirse de sus mallas. Angus y Warren cayeron sobre él, y al primero le bastó un fuerte golpe para reducirlo a la inconsciencia. La cartera quedó en su poder, pero Kik, viendo la cosa malparada, intentó largarse.

A pesar de su poder de transformarse en cuanto deseara, tenía que ser algo visible, y Kik repitió lo de veces anteriores, de modo que si el cajero se hallaba aprisionado entre las mallas de la red, que le impedían todo movimiento, no ocurrió lo mismo con la nube de humo que la atravesó limpiamente, pasando entre las espesas rejas, que ya habían concluido de cerrarse.

—¡Maldición! —exclamó Warren, defraudado—. ¡Se nos escapa!

Pero Angus sonrió satisfecho, en una expresión totalmente opuesta a la que mostraba en su decepcionante rostro el profesor. Sabía que había dos hombres suyos en el exterior, fumándose plácidamente sendos cigarrillos y que al ver la nube de humo salir del interior del Banco, entraron precipitadamente en acción.

Cada uno de ellos se hallaba provisto de un maletín negro del que, con fugaces y precisos movimientos, extrajeron algo parecido a un rifle de gran calibre, pero mucho más corto, apenan la mitad de su longitud, provisto en la parte inferior, en lugar del depósito de cartuchos, de dos cilindros de unos veinte centímetros de longitud cada uno de ellos, por la mitad de grueso. Se los echaron a la cara, y en aquel momento ocurrió algo sorprendente.

De las bocas de aquellos extraños rifles, convergiendo en el centro de la nube, salieron dos rojos rayos, de líquido inflamado, que súbitamente prendió en toda la masa gaseosa, convirtiéndola al instante en una esfera de llamas que, tras caminar unos momentos hacia adelante, por la fuerza de la inercia, se desplomó al suelo, en donde se expandió en ardiente círculo, de tal potencia calorífica, que hizo que todo el mundo se apartase de aquel brasero, alimentado continuamente por los chorros de líquido ardiente que disparaban los dos prevenidos detectives, chorros que no cesaron hasta que los depósitos quedaron exhaustos de su carga.

De haberse proferido en una frecuencia normal, los agudísimos chillidos dé Kik hubieran impresionado a todo el mundo, pero como, instintivamente, al sentirse abrasado, acudió, en la agonía de su dolor,

a su lengua materna, nadie pudo percibir los desaforados gritos que el No Forma profería al sentirse en el centro de una hoguera que lo consumió en escasos minutos.

Aullaron las sirenas de los coches de incendio, llamados por algún oficioso, pero Angus no les dejó actuar. Quería que el incendio se apagara por sí solo.

Cuando el examen de los escasísimos restos le hubo demostrado que el que allí había perecido víctima del líquido inflamable era el tercer ser extra- planetario, no pudo contener una exclamación de alegría:

—¡Ya solamente nos queda Budd Malone! —dijo, y marchó apresuradamente a interrogar al todavía atónito cajero.

—No sé lo que me ocurrió. Sentí de repente un intensísimo dolor de cabeza, cuando aquel perro se estiró, deformándose. Me pareció que se introducía en mi cráneo, pero no estoy muy seguro de ello. Lo último que recuerdo es que me pareció que me atravesaban el cerebro con una barra de hierro al rojo. Después... me encontré debajo de una red, y en la mano una cartera con casi trescientos mil dólares. ¿Cómo ha podido suceder eso? —y el infeliz cajero, que todavía no creía en lo que le había pasado, horrorizado de sí mismo al verse convertido en un ladrón, miró suplicante al policía.

Carraspeó Angus, y, para no decirle la verdad, que por otra parte no hubiera sido creída por el funcionario, le dijo:

—¡Psé...! Hipnotismo, ¿comprende? —con lo que el cajero se dio por más que satisfecho.

—Está bien —dijo Angus cuando se encontró de nuevo en su despacho —. Ya sólo nos queda Malone. No creo que sus hombres hagan gran cosa, por mucho dinero que les haya distribuido. A propósito, Smith. Ustedes dos se pusieron en contacto mental con la chica. ¿Por qué no lo repiten?

Los dos agentes de Precaución menearon pesarosamente la cabeza.

—Ahora ya nos es imposible. Malone está advertido de ello y ha establecido una sólida barrera mental en torno al cerebro de Paula,

—¿Cómo? —Angus y Emmet saltaron de sus asientos al unísono. El segundo continuó—: ¿Cómo es posible que un “gangster”, cuyas reacciones cerebrales son tan elementales haya podido hacer tal cosa?

Smith se encogió de hombros:

—Lo sé porque en el momento en que se me ocurrió ponerme en contacto con ella, cuando ya nos hallábamos muy cerca de la casa en que Malone la tenía encerrada, la comunicación se interrumpió bruscamente. Sabiendo dónde está es fácil establecerla. Pero luego todos nuestros esfuerzos han resultado infructuosos.

Warren y McBride se miraron consternados. La noticia no era para menos. Y un viento de desánimo invadió al despacho.

* * *

“Mensaje Urgente.

De la No Forma Máxima a la

No Forma 75 Mil Veces inferior.

Muertos Kik, Qjap y Tmer, y habiéndosele traspasado a usted, Budd Malone, los excepcionales poderes Formacionales de que dispone nuestra privilegiada raza, le corresponde llevar a buen término la misión que correspondía a aquellos tres muertos en el cumplimiento de su deber. Le recomiendo máxima urgencia.

Grabado: IKLAJ, No Forma Máxima.”

* * *

"Mensaje También Urgente.

De Budd Malone a la

No Forma Máxima, donde quiera que se encuentre.

¡Narices! Ahora soy yo el amo de la Tierra y no voy a ser tan idiota como para trabajar para ustedes. Si quieren peces, vengan y humedézcanse los tobillos.

Grabado; Budd Malone. N° 1 de la Tierra.”

CAPÍTULO X

Budd Malone rugió de ira al enterarse de la muerte de Kik. De ira y de pavor porque ello significaba que, al fin, los policías habían dado con un medio para combatirle, pero como, no era estrictamente un No Forma, aunque poseyera la mayoría de las cualidades de éstos, todavía predominaban en él algunas de las humanas y una de ellas era el relativo poco discernimiento que poseía en comparación con cualquiera de aquellos tres seres muertos. Si ya, antes de perder su contextura normal había sentido un acerbo odio hacia toda la Humanidad, a la que, en su egolatría achacaba todas las culpas de lo que le sucedía, ahora dicho odio alcanzó límites insospechados.

Por otra parte, aquel estado de No Forma no acababa de convencerle totalmente. Era cierto que se gozaba de ciertas ventajas, pero en la forma de hombre también se disfrutaba y una de las maneras de conseguir la felicidad, según él la entendía, era proporcionada por el dinero, dinero que, por instigación de Kik había repartido casi totalmente, restándola una cantidad que si antes hubiera constituido su felicidad, ahora, después de haber sido poseedor de una enorme fortuna, le parecía algo sencillamente deleznable. En consecuencia, y tras laboriosas gestiones, reunió a tres o cuatro de sus más caracterizados compinches, con objeto de dar una serie de golpes que lo restituyeran a su anterior opulencia.

Asintieron sus “colaboradores”. No de muy buena gana, porque el dinero repartido anteriormente les había vuelto infinitamente más cautos y más conservadores, pero cuando Malone, en una impresionante demostración, les hizo ver la conveniencia de someterse absolutamente a su voluntad omnímoda, todos claudicaron y los cuatro tipos elegidos acabaron por acceder.

—Está bien. Vosotros dos —señaló a los llamados Finlay y Currie—, os quedaréis guardando aquí a la chica, mientras nosotros “trabajamos”. Ojo, y procurad no propasaros con ella. Es mía, ¿lo entendéis?

Asintieron Finlay y Currie con sendos movimientos de cabeza. Que se quedase Malone con la muchacha. A ellos, ¿qué les importaba?

—Tú, Candless, y tú, Pedroza, vendréis conmigo. Por el camino os explicaré mi plan.

Salieron los tres. A Malone le gustaba muy poco cambiar de aspecto. A la exultación de los días anteriores había sucedido una especie de tranquilidad, que le hacía adoptar el mismo aspecto que de costumbre, sin ni siquiera el gesto continuamente vigilante de todo y de todos los que le acompañaban de continuo.

El coche blindado de los Astilleros Federales rodaba tranquilamente rumbo a Brooklyn, a punto de terminar el viaje. El chófer canturreaba alegremente, en tanto que, en el interior de la caja blindada, dos fornidos guardianes, armados de pistolas ametralladoras y granadas de mano, custodiaban seiscientos mil dólares, importe de los salarios a pagar aquella misma tarde. Habían leído superficialmente los robos de los Bancos por sus propios cajeros, pero no le habían concedido ninguna importancia a la cosa. Angus McBride se había cuidado de que no trascendiera la verdad de los hechos y, por otra parte, hacía mucho tiempo que no había habido ningún atraco sensacional, que les permitiera mostrarse cautos.

Había un coche parado en la acera, en cuyo interior se veían tres hombres, charlando apaciblemente o leyendo el periódico con absoluta indiferencia hacia cuanto pasaba en torno suyo. Pero uno de los quietos viajeros tenía un ojo en el diario y otro en el camión, y cuando llegó el momento, exclamó:

—¡Ahora!

Una nube espesa envolvió repentinamente, sin ningún motivo que justificara su presencia allí, la cabina del conductor. Enrollándose como si fuera una cosa sólida a su cabeza, lo cegó totalmente, y el hombre, que en aquel momento se disponía a iniciar la curva que lo pondría ya en el último tramo antes de llegar a los Astilleros, se despreocupó en absoluto del volante, para, agitando las manos frenéticamente, intentar quitarse de encima aquella espesa neblina que le ocultaba la visión.

No lo consiguió y, al soltar instintivamente el volante, el pesado camión se estrelló contra la pared, con horrísono estruendo. El conductor del vehículo dobló la cabeza sobre el volante, y se desentendió de todo lo que sucediera de allí en adelante.

Por la ventanilla posterior de la cabina del chófer desapareció aquel girón de niebla que se expandió más y más, de una forma

absolutamente sofocante para los dos guardianes.

Antes de que los oficiosos ciudadanos tuvieran tiempo de socorrer a los ocupantes del vehículo blindado, las puertas de éste saltaron atronadoramente, quedando apenas sujetas por los goznes. Candless y Pedroza soltaron unos cuantos tiros al aire, con lo que la calle quedó instantáneamente despejada, y luego, penetrando en el interior del camión, se hicieron con grandísima facilidad, con las bolsas que contenían el dinero.

El resto fue sencillo: Malone, ya recuperada su forma, se hallaba al volante del automóvil. Arrancó con velocidad suicida, deteniéndose un segundo para que sus dos compinches pudieran saltar al interior y, hecho esto, desapareció en pocos segundos, dejando tras sí dos cadáveres, los de los guardianes del dinero, hechos trizas por las explosiones, y un herido, el chófer, que no acababa de explicarse lo sucedido.

Sin embargo, Budd Malone no había contado con una cosa,

No había contado con que, en sus anteriores golpes dados en unión de Kik, uno u otro se habían quedado vigilando a la muchacha. La mente de ésta se hallaba segura porque Kik, aun no estando junto a ella, la dominaba fácilmente. Pero Finlay y Currie fueron como blanda cera en las manos de Paula, a quien no costó mucho deshacerse de ellos, dejándolos dormidos como si fueran simples leños y no un par de hombres.

McBride juró y perjuró cuando se entero del atraco. Y todavía alcanzaron sus palabrotas límites insospechados, que hicieron estremecer las paredes, cuando, por las referencias que le dieron del atraco, pudo deducir que, por alguna misteriosa propiedad, Malone también poseía la de aquellos misteriosos seres. Entonces, tras la primera explosión de cólera, se sintió profundamente abatido. ¡No habría modo alguno de luchar con aquel “gangster”! —se dijo.

Warren estaba junto a él, contemplándolo melancólicamente. Ya casi se había despedido de Paula, sobre todo al saber las fechorías de Malone. Este la tendría dominada por completo, pensaba, pero todavía no había concluido de formularse tan acerbas reflexiones, cuando de repente oyó algo qué le hizo envararse.

Unos gritos de mujer se percibieron en el pasillo. Emmet se envaró repentinamente al reconocer a la propietaria de la voz.

La puerta se abrió violentamente y Paula penetró allí, agitado el seno,

revueltos los cabellos, iluminados los ojos. No lo dudó ni un solo momento.

—¡Emmet! —gritó nuevamente arrojándose en brazos del amado, quien mudo por la sorpresa, no pudo pronunciar siquiera una sola palabra.

A través de las nubes de humo del cigarrillo, el teniente McBride, con las piernas sobre la mesa, dejó que ambos enamorados satisficieran su sed de ausencia. Luego, levantándose, tocó a Warren en el hombro.

—No me importa cómo, mas lo cierto es que la chica se ha escapado. Ustedes pueden quedarse aquí, pero me gustaría me indicara el escondite de Malone.

Sin soltar el abrazo, Paula lo miró por encima del hombro de Emmet. Guiñó un ojo al policía diciéndole:

—Preparen un coche. Ahora vamos todos hacia allí.

Cuando quería Angus era un rayo actuando y en un segundo puso en conmoción a toda la Jefatura. Y ya salían todos, cuando dos hombres se cruzaron delante de Paula, quien, al verlos, retrocedió instintivamente el paso.

—¿Qué quieren ustedes? —inquirió Emmet presintiendo algo grave. Miró a Paula y ésta inclinó la cabeza, sin hablar.

Tampoco hablaron Smith y Jones, pero su gesto fue altamente expresivo. Sin embargo, antes de que, tuvieran tiempo de intervenir, el movedizo McBride la arrastró por un brazo dentro del coche. Warren aprovechó la ocasión, y no se descuidó en cerrar la portezuela. Cayó al fondo del vehículo, pues éste arrancó de una manera fulminante, pero no le importó. En la misma posición tomó una de las manos de la muchacha, sonriendo beatíficamente, sin parar mientes en la sonora exclamación de ella:

—¡Zambomba! ¡Qué tío más bestia conduciendo!

Aullaron las sirenas de la caravana policial. McBride, junto al conductor, tenía en las manos un micrófono, con el que dictó una serie de órdenes y luego revisó algo que ya había usado, certeramente contra Kik. Sonrió duramente. Aquella vez Malone no se escaparía sin su merecido. Hombre o nube, el “gangster” liquidaría, dentro de un momento, todas sus cuentas pendientes. De un modo definitivo.

No sabía Malone lo que ocurría, únicamente tuvo de ello un vago presentimiento cuando, de regreso de su fructífero viaje, tomó las carteras, dedicándose antes a investigar su contenido, ante los ávidos ojos de Candless y Pedroza, lo cual le hizo perder un tiempo precioso. Pero, de repente, alzó la cabeza. Algo había allí que no le gustaba un pelo.

El silencio. Sus dos compinches, los que se habían quedado a guardar a la chica, no habían hecho acto de presencia. ¿Por qué no habían subido a verle y comunicarle que todo seguía sin novedad?

Dejó a un lado los billetes, sin preocuparse más de ellos. Seguido por los otros dos, se precipitó por las escaleras del sótano, lanzando un rugido de ira al ver a Finlay y Currie durmiendo pacíficamente.

No se preocupó de usar sus facultades mentales para despertarlos. A decir verdad, tan preocupado estaba, que ni siquiera se acordó de ello. En su lugar, usó un medio que creyó más eficaz. El pie, que prodigó sus golpes con verdadera prodigalidad, hasta que los dos asustados forajidos recobraron el conocimiento.

—No lo sabemos —respondieron cuando Malone terminó de hacer su serie de preguntas, en medio de una interminable retahíla de juramentos—. Solamente nos dimos cuenta de que nos dormíamos. Quisimos evitarlo, pero nos fue imposible.

—Está bien —dijo Malone, cuando se recobró un tanto—. La cosa ya no tiene remedio. A estas horas la policía ya sabe dónde nos hallamos. Debemos largarnos inmediatamente. Os avisaré de mi nuevo escondite. Acudid allí —y se dirigió hacia la puerta, para detenerse apenas había dado unos pases.

Como movidos por un mismo pensamiento, Candless y Pedroza se habían colocado ante la puerta, cerrándola cuidadosamente. El primero sonrió torcidamente.

—Con nosotros no intentes ningún truquito de esos que te gastas. La puerta es a prueba de gritos... y de gases.

—¿Qué es lo que pretendéis?

—Nada. El dinero solamente. Si tú dices que la chica ya ha avisado a la policía, antes de poco se nos van a echar aquí como lobos hambrientos. Ya que te hemos ayudado, danos al menos la pasta. A ti te es fácil hacerte con más. En cambio para nosotros representa el retiro definitivo.

Malone miró alternativamente en torno suyo. En todos los rostros de sus cuatro “colegas” halló la misma decisión. Quiso intentar la última baza.

—¿Y si me negara? —inquirió.

Pedroza se encogió de hombros. Arrastró mucho las palabras al hablar.

—Te cogerían aquí, Budd y ya sabes lo que te espera. No creas que andarán con muchas contemplaciones, sabiendo lo que eres capaz de hacer.

—También vosotros iríais a la cárcel.

—Cierto, pero no tenemos ninguna condena a muerte pendiente sobre nuestras cabezas —respondió el latino—. ¿Qué? ¿Hace el trato o no hace?

Malone pareció pensárselo, mas en aquel momento el alarido de una sirena, sonando muy lejos, a causa del aislamiento del sótano, pudo percibirse. Los "gangsters" se miraron unos a otros, con aprensión, pero no cedieron. Y súbitamente, su jefe entró en acción. Llenó instantáneamente de humo toda la estancia, convirtiendo el ambiente en algo opaco por completo, imposible de ver a su través.

Restallaron las detonaciones de las armas de fuego, con las que en vano aquellos bandidos pretendían matar a Malone. Pero éste abrió la puerta y se escapó con fulmínea velocidad.

Salió fuera. Pudo percibir los coches de la policía que ya acordonaban aquella solitaria cabaña. Rio complacido. No conseguirían nada contra él. Y, sin grandes prisas, fue ganando altura. Ya volvería en otra ocasión. Candless tenía razón. Dinero sobraba. Y embebido en sus propios, pensamientos de triunfo, no se apercibió del ruido del motor de un helicóptero, hasta que lo tuvo materialmente encima. Entonces se dio perfecta cuenta del peligro que le amenazaba.

Lanzando un rugido de contenida sorpresa, imprimió más velocidad a su marcha. Pero el helicóptero lo siguió implacablemente.

Un chorro de fuego salió de la proa del aparato. Alcanzó a la nube en su centro, convirtiéndola al instante en una bola de fuego.

Malone lanzó un aullido desgarrador al sentirse devorado por las llamas. Buceó desesperadamente en su cerebro, tratando de hallar algo con que contrarrestar aquella mortal y ardiente agonía que se había apoderado de él. Pero no pudo y, vencido, se abandonó a su suerte.

Paula y Emmet, estrechamente abrazados, junto a Angus, contemplaron, profundamente impresionados, el horroroso fin del "gangster". De la bola de fuego salieron unos espantosos alaridos, que

taladraron con sus siniestras vibraciones los tímpanos de todos los presentes y luego, cuando éstos cesaron, cuando todo el mundo creía que aquel horror había concluido, algo, todavía más espantoso, puso pavor en el ánimo de los espectadores.

Del núcleo de ardientes llamas salió algo, que cayó rápidamente a tierra, despidiendo tras sí una estela de fuego. Luego el carbonizado cuerpo de Malone se estrelló contra el suelo, donde quedó ardiendo lentamente hasta su total extinción.

Absorto en el macabro espectáculo, Emmet no se dio cuenta de que algo extraño le sucedía. Durante unos momentos parpadeó pensativo, y luego se dio cuenta, súbitamente, de que Paula ya no estaba a su lado.

Con visible alarma, miró en todas direcciones. Lanzó un suspiro de satisfacción, viéndola alejarse de aquel lugar de muerte. Echó a correr hacia ella, advirtiendo que caminaba flanqueada por Smith y Jones.

Una azulada neblina invadió aquel lugar, sin motivo alguno que lo justificase. Una neblina vaga, suavemente algodonosa, que difuminaba las figuras, envolviendo entre sus impalpables dedos a aquellas tres personas que pertenecían al futuro.

Emmet llamó a Paula desesperadamente, comprendiendo en su subconsciente que, recobrada por breves momentos, la perdía de nuevo, y esta vez definitivamente. Quiso continuar corriendo, pero un muro blando, elástico y, no obstante firme, le impidió dar un paso más.

La muchacha continuó alejándose, perdiéndose poco a poco de vista. Emmet, con el corazón desgarrado, hubo de contemplar, impotente, su marcha. Un segundo antes de desaparecer, Paula se volvió. Sonrió y agitó su mano. Después ella, Smith y Jones se confundieron con la niebla que se disipó al cabo de pocos minutos. Y cuando ello ocurrió, de Paula y sus compañeros no quedaba el menor rastro.

* * *

“SÚPLICA GENERAL:

De la No Forma Máxima a todas las Demás Formas Inferiores,

en cualquier grado.

Queda prohibido el viaje, por ningún concepto, al Tercer Planeta, Demasiado peligrosos sus habitantes para nuestra raza. Sucesivas expediciones partirán para otros mundos menos hostiles.

Grabado: IKLAJ, No Forma Máxima.”

* * *

“ORDEN GENERAL

de la V. I. P. a todos los seres inteligentes de su época:

Quedan prohibidos terminantemente todos los viajes en el Tiempo, hacia el Pasado o en el Futuro.

Las máquinas correspondientes serán destruidas sin apelación.

Firmado: HALDER, Presidente.”

* * *

—¡Zambomba, tío! ¿A qué viene esa severidad?

—Sobrina, me disgusta extraordinariamente ese lenguaje tan vulgar.

—Tú tienes la culpa. Cuando me enviaste a destruir la máquina del Tiempo del profesor Warren, me advertiste que debía usar ciertos giros del lenguaje peculiares de aquella época. No puedo remediar que, de vez en cuando, se me escape alguna frase no muy correcta. Pero, si mal no recuerdo, te he hecho una preguntita, tío.

—La máquina del Tiempo es algo muy peligroso, Paula. Tan peligroso como la más peligrosa de las bombas nucleares. Por ello, y de común acuerdo con mis secretarios, he decidido dar la orden.

Paula se abrazó mimosa al cuello de su tío.

—Tío... —murmuró sinuosamente, y el presidente Halder se desasió de aquel dulce dogal que eran los mórbidos brazos de su sobrina.

—¡No! Ya sé lo que pretendes, pero no te lo concederé. Prometí a tu madre, mi hermana, en su lecho de muerte, que cuidaría de ti como si fueras mi propia hija. Y, habiéndote confiado una misión de importancia, me has cubierto de ridículo. Por poco no has causado un estropicio en la Historia. ¿Sabes que has permanecido allá casi ciento veinte días?

—Tío... —volvió Paula a abrazarse a él, continuando con sus mimos—. A fin de cuentas, y gracias a mi deseo de permanecer veinticuatro horas después de cumplida mi misión, que, entre paréntesis, hay que reconocer que fue a completa satisfacción tuya, descubrí algo, evitando una catástrofe. Si no hubiera sido por mí, ahora no serías el Presidente Halder. Actualmente serías ahora uno de aquellos horribles seres Sin Forma.

—¡No, sobrina! Te veo venir y...

—Tío... —volvió a repetir una vez más Paula, concluyendo de quebrantar aquella resistencia que ya hacia rato estaba cuarteada.

* * *

“Última Orden con respecto a las Máquinas del Tiempo.

Del V. I. P. a todos los Agentes de Precaución:

El teniente de dicho servicio, P. Haggerthy regresa al siglo XXI. Volverá acompañado de una persona. Permítaseles el paso franco. Una vez hecho esto, la anterior Orden General con respecto a las mencionadas Máquinas deberá cumplirse sin la menor demora.

Firmado: HALDER, Presidente.”

FIN

[1] Opera-Theater de Viena, en el original (nota del corrector)

[2] Libre, exento.